

CUADERNO DE EJERCICIOS

Mujeres de Tumaco narran
su territorio

CUADERNO DE EJERCICIOS

Mujeres de Tumaco narran
su territorio

Ministra de Cultura
Carmen Inés Vásquez Camacho

Viceministro de la Creatividad y
Economía Naranja

Felipe Buitrago Restrepo

Viceministro de Fomento Regional y
Patrimonio

José Ignacio Argote

Secretario General

Julián David Sterling Olave

Coordinador Grupo de Divulgación
y Prensa

Alirio Augusto Aguilera

Directora de Artes

Amalia de Pombo Espeche

Coordinadora Grupo de Literatura

María Orlanda Aristizábal

Asesores Grupo de Literatura

Vanessa Morales

Daniela Mercado Pineda

Felipe Martínez Cuéllar

Ángela Amarillo

Carlos Cóbila

Coordinación editorial

Grupo de Literatura

Edición y corrección de estilo

Alejandra Gáfaró Reyes

Diseño, ilustración y diagramación

Asísí Felicia

© Ministerio de Cultura, República de
Colombia

© Derechos reservados para los autores

Material impreso de distribución gratuita
con fines didácticos y culturales. Queda
estrictamente prohibida su reproducción
total o parcial con ánimo de lucro, por
cualquier sistema o método electrónico, -
sin la autorización expresa para ello.

Primera edición, noviembre 2020

ISBN 978-958-753-391-0



Índice

10 Compilación de cuentos

- 12.....El tesoro de un litoral
Por Lucero Fernanda Ortiz Araujo
- 13.....El pescador
Por Julieth Ocampo Torres
- 15.....La culebra en la finca
Por Kleivi Riofrío
- 16.....La fragata misteriosa
Por Aydee Guerrero
- 17.....La muerte en el cementerio
Por Maritza Velásquez
- 19.....El submarino y el capitán
Por María Alejandra Ortiz Araujo
- 20.....El niño soñador
Por Magnali Mosquera Martínez

21 Compilación de crónicas

- 23.....12 de diciembre
Por Flor de Azalia Mina Cárdenas
- 24.....Balompié: semilla o enfermedad
Por Lucero Ordóñez
- 26.....Mi pasado
Por María Luisa Valentierra

- 30.....Crónica de mi niñez
Por Yaque Katherín Valencia
- 31.....Mi querido BASTÓN
Por Cintia Margarita Castro Ocampo
- 33.....¡Mamá, no peeles más!
Por Laura Paredes Ocoro
- 35.....Una vida para dos
Por Darly Johana Cortés
- 37.....El mangle y su riqueza
Por Karen Rodríguez Núñez
- 39.....El número que marcó mi vida
Por Elsy Rosmira Banguera
- 42.....El condrosarcoma de mi madre
Por Cindy Rodríguez Núñez
- 44.....El día de hoy
Por Margien Valencia Mina
- 45.....Mi ida sin regreso
Por Jennifer Paola Celorio Rosales
- 47.....El llanto de una mujer desesperada
Por Anyela Rodríguez

48 **Compilación de relatos**

- 50.....Recuerdos en movimiento
Por Yeli Yulissa Banguera
- 52.....No soy monja
Por Ulrike Purrer
- 54.....Huellas comunitarias
Por María Alejandra Castillo Murillo

- 56.....Desde siempre echada pa' delante
Por Emir Orejuela Roja
- 59.....La historia de mi vida
Por Karen Yesenia Cuero
- 60.....Bendecida por el diseño
Por Mónica Tomala Pai
- 62.....Tejiendo me consuelo
Por Anauri Valencia
- 64.....Mujer luchadora
Por Ninfa Marcelina Castillo
- 65.....Hija sufrida
Por Rut María Borja
- 66.....Paz en el territorio
Por María Presentación Estacio Alegría
- 68.....Hoy estamos aquí, mañana no sabemos
Por Rosa Valencia
- 71.....La razón de mi vida
Por Erlinda Castro
- 72.....La gallina de los Huevos de Oro
Por Herlinda Castro
- 74.....La crisis
Por Anyi Paola Araujo

Compilación de relatos orales

75

- 77..... LA PERLA (Poesía)
Por Kc Shania Solís

- 78.....Así es Tumaco, La perla del Pacífico
Por Sandra Patricia Reinel Piedrahíta
- 80.....El poeta muere y vive (Poesía)
Por Ingrid Zubany Ortiz Yépez
- 81.....Pacífico, tierra de marimba
(Décima cimarrona)
Por Ingrid Zubany Ortiz Yépez
- 83.....Renacer (Poesía)
Por Yolima Palacios, “La poetisa del
Pacífico”
- 85.....Mi inspiración (Poesía)
Por Karen Castillo
- 86.....Negro es mi color
Por Nurys Angulo, conocida como “La
negra ardiente”
- 87.....Se acabó la cuarentena
(Décima cimarrona)
Por Marycelys Castillo Castro
- 89.....Imperfectos es que somos (Poesía)
Por María José Villarreal Palacios
- 91..... Si Dios no mete su mano
(Décima cimarrona)
Por Nimia Castillo
- 93.....Somos Pacífico (Poesía)
Por Lina María Montaña Cuero –
“Backsen, La de acero”
- 94.....Mi música de infantería (Poesía)
Por Kc Shania Solis
- 95.....Realidad de lo vivido (Relato)
Por Yeiseth Cabezas Castillo

98.....Mujer que inspira (Poesía)
Por Rosa María Castro

99.....Estereotipos (Poesía)
Por Rosa María Castro

100....Las gracias Señor (Poesía)
Por Sirley Castillo

101....Los regalos de Dios (Poesía)
Por Lucero Castillo

103....Los mariscos de Tumaco (Poesía)
Por María del Carmen Castillo



Presentación

En el año 2018 el Ministerio de Cultura creó el proyecto “Mujeres afro, negras, raizales y palenqueras narran su territorio”, una iniciativa transversal, interdisciplinaria, con el objetivo de impulsar acciones que den voz a las mujeres del país. En el marco del proyecto, en 2019, se desarrolló el programa “Mujeres de Buenaventura narran su territorio”, que consistió en la realización de varios talleres para cualificar a treinta y cinco participantes en narrativas afrocomunitarias. Como resultado publicamos el libro *Cuaderno de ejercicios, Mujeres de Buenaventura narran su territorio*, una compilación de los trabajos logrados en el ejercicio pedagógico, que muestran los sueños, deseos y realidades cotidianas de las escritoras protagonistas del proceso.

En este 2020, el proyecto se amplió y se denominó “Mujeres narran su territorio” dando cabida a más mujeres pues a pesar de la pandemia y las difíciles circunstancias afrontadas por los colombianos, el ministerio ha mantenido el compromiso de darle voz a los territorios, fortalecer los procesos creativos de las comunidades y fomentar proyectos con enfoque de género que garanticen el acceso a la cultura.

Surgió, entonces, un nuevo espacio de formación y creación denominado “Mujeres de Tumaco narran su territorio”, que contó con cuatro grupos de trabajo en crónica, cuento, poesía y oralidad.

Este segundo *Cuaderno de ejercicios* que hoy presentamos, es el resultado del esfuerzo de cincuenta y cinco mujeres tumaqueñas que participaron en los talleres, plasmaron por escrito sus realidades, voces, recuerdos, su identidad y ahora las comparten

con todos los colombianos. Son relatos, crónicas y poemas que nos hablan de campesinos, pescadores, hombres y mujeres que luchan por encontrar su lugar en el mundo, que sueñan en medio de un paisaje exuberante o que se buscan la vida andando por las veredas de su municipio. Este libro es un gran fresco de una región que cree en la palabra y en el canto, en alzar la voz para celebrar la alegría y para conjurar la desdicha. Es, también, la muestra fehaciente de que ni aún las circunstancias más adversas son capaces de silenciar las voces de quienes quieren mantener viva la palabra.

Esperamos que todos los lectores encuentren en estas páginas una puerta abierta al Pacífico colombiano, al municipio de Tumaco y a las palabras que las mujeres que allí habitan han elevado para regalarnos una parte de su vida.

Carmen Inés Vásquez Camacho
Ministra de Cultura

(*u*)
CUENTOS

Compilación
Taller a cargo de Jefferson Sánchez



El tesoro de un litoral

Lucero Fernanda Ortiz Araujo

En algún rincón del mundo se encontró una perla en el mar; una tierra donde habitaba gente amable, comida exquisita y rodeada de un majestuoso mar.

Ahí nacieron y crecieron muchas familias, quienes vivían de la agricultura y la pesca artesanal.

Todo era tranquilidad hasta que un triste día llegó la maldad. Dos forasteros llegaron y acabaron con tan dichosa paz. Ellos, dañando la mente y el corazón de la gente humilde y trabajadora, con sus valores quisieron acabar. Muchos se dejaron llevar y olvidaron el campo en un escape ideológico sin cultivar.

La escasez llegó en lugar de plátano cosechar, solo coca quisieron sembrar. En vez de peces coger, solo lanchas rápidas quisieron abordar... Empezó aquella guerra.

Muchas madres a sus hijos perdieron, los caseríos se dividieron y así, sus tradiciones perdieron. El temor y la incertidumbre se apoderaron de la Perla y su mar.

Todo fue un cataclismo social, los medios nacionales e internacionales no se hicieron esperar, pues aquellas noticias debían dar.

Fue ahí, entonces, cuando muchos corazones y voces se unieron para, así, por la paz del pueblo clamar.

Llegó la paz y la tranquilidad. Hoy puerto Perla se puede mostrar y sus raíces ancestrales contar, mostrando así este hermoso litoral lleno de un entorno especial, en el entorno sideral.

El pescador

Julieth Ocampo Torres

Un buen día en el pueblo de Satinga hubo un pescador que salió de faena con su hijo de diez años, para poder llevar comida a su familia.

Echaron atarraya al mar y solo cogieron basuras y plásticos. En ese momento, el niño preguntó al padre pescador:

—Papi, ¿por qué no salen pescados sino basura?

El desafortunado pescador respondió a su hijo:

—Es que hoy en día la gente no cuida el medioambiente; toda la basura la arrojan al mar, a las calles y al mar. Debido a ello, el alto nivel de contaminación no deja que haya producción de los productos del mar, pues el planeta está contaminado.

Continuó hablando el pescador:

—Hijo mío, en mis tiempos de niñez y juventud, la gente y nuestros padres, nos enseñaban a proteger la tierra y el medioambiente. Los árboles eran verdes, esplendorosos y daban unos excelentes frutos, las faenas de pesca eran abundantes y la gente llevaba su pescado para su casa. Los animales vivían muy bien en su entorno, y se miraba el volar majestuoso de las aves... Esos días, eran extraordinarios para todos. Hoy en día es todo lo contrario, el hombre está acabando con la naturaleza y el medioambiente.

El niño respondió:

—¡Qué tristeza saber todo esto!, que nosotros mismos nos estamos destruyendo.

El padre pescador respondió:

—¡Qué bonito sería que nuestra madre tierra sea protegida y cuidada por el hombre!

Y el niño agregó:

—Sí papi, desde hoy voy a cuidar y proteger nuestra madre tierra.



La culebra en la finca

Kleivi Riofrío

Un día cualquiera fui a la finca en compañía de mi padre y mi hermano, con el propósito de cosechar la producción de cacao. Mientras mi padre, mi hermano y yo extraíamos el producto de los árboles de cacao, se nos apareció una culebra.

Mi padre y mi hermano se sorprendieron al mirar el gigantesco reptil.

Padre e hijo corrieron detrás del gigantesco animal. El reptil venenoso sucumbió en las profundidades de una cueva en medio de la selva. El padre de los dos hijos introdujo por el agujero, por donde se había metido el peligroso animal, un trozo de árbol.

La culebra, a su vez, salió a la superficie terrestre por el lado opuesto, donde se encontraba el otro hijo del agricultor. Este, muy hábil, le lanzó el machete que tenía en sus manos dando muerte a la fiera que amenazaba matar a padre e hijos.

Después de dar muerte a la culebra, se fueron a casa sin terminar de cosechar el cacao.

La fragata misteriosa

Aydee Guerrero

Gabriel, un pescador, salió desde las cuatro de la madrugada en su embarcación mar adentro. Era una noche de menguante con destellos de luna. En medio del mar las enormes olas amenazaban con tapar su embarcación construida en madera. Él remaba y navegaba por las acciones del viento, con la ayuda de las velas que flameaban en el surco de la calle del mundo.

De repente, a lo lejos divisó una fragata que se acercaba con gran celeridad hacia su dirección. Al poco tiempo, Gabriel miró la fragata con sus tripulantes todos armados de rifles apuntando sobre su humanidad. El pescador no sabía qué hacer con el pescado. Entonces se le ocurrió y trajo a la mente: “Si me lanzo al mar, las fieras, tiburones y meros me devorarán. Si intento subirme a la fragata, me fusilarán al instante”. He ahí la encrucijada de Gabriel, el desdichado pescador, quien tenía la vida en vilo.

En ese momento, Gabriel miró hacia el firmamento y vio que en el cielo había un ángel, y sintió su presencia. Este lo despertó de su sueño, llevándolo a la realidad abordo de su embarcación con una cantidad de pescados capturados durante su faena. Aún no lo creía; pues era un sueño.

Llegó a casa y compartió con sus vecinos los pescados, y todo fue un disfrute sin fin.

La muerte en el cementerio

Maritza Velásquez

En una vereda del municipio de Tumaco, donde la gente vive de la agricultura, la pesca y el pan coger –que es el sustento de nuestros campesinos–, se escuchan en nuestro Pacífico muchos rumores sobre personajes que aparecen en las selvas y parajes del entorno litoraleño, como son: el duende, la tunda, la patasola, etc.

De repente, corrió como el agua de los ríos el rumor de una niña. Una niña que era muy alegre, divertida, acostumbrada a jugar con todos los otros niños que en su camino encontraba.

Un buen día, de regreso a su casa le llamó la atención cómo habían adornado el cementerio y decidió entrar en él.

Se encantó con sus colores y se quedó a jugar allí. Corrió de un lugar a otro y en medio de las emociones que provocaban el juego, se subió sobre las bóvedas saltando y cantando, cuando un profundo silencio irrumpió en medio del juego.

La niña cayó desde lo alto de los sepulcros golpeándose fuertemente la cabeza, lo que le provocó la muerte de manera inmediata.

Pasaron horas. Cuando su madre notó su ausencia, emprendió su búsqueda sin obtener resultados. Preocupada por su desaparición, regresó a casa a ver si ya obtendría alguna noticia. Después de un par de horas, recibió una fatídica noticia sobre el deceso de su pequeña de tan solo siete años. De manera inmediata, lo sucedido corrió por toda la comunidad dejando a todos con una enorme tristeza, porque era una niña muy querida y

apreciada por todos; por su armonía, su alegría, su espontánea sonrisa y respeto por los demás.

Todos en el lugar de su velación se pusieron de acuerdo y prepararon un bonito arrullo o chigualo. Los bombos y cununos sonaron. Entonadamente, las cantoras no se hicieron esperar con sus hermosas alabanzas.

Esa noche, todo se tornó mágico y alegre; supieron mantener aquel encanto que tenía la pequeña. Al siguiente día, camino al sepulcro, los niños tomaron la delantera. Con una hermosa palmera adornaban la marcha hacia el sepulcro, seguido del féretro sus acompañantes, y así finalizó aquel día para ese ángel del cielo que fue despedida con mucha alegría. Desde entonces se rumora que todo aquel que llega a visitar solo el cementerio, aquella niña se le aparece de forma inesperada para jugar con sus visitantes.

Y, así, no es olvidada la niña que encontró la muerte en el cementerio.

El submarino y el capitán

María Alejandra Ortiz Araujo

Había una vez un capitán que viajaba en un submarino en las profundidades del mar.

El capitán miró el paisaje por una de las ventanas del submarino y dijo: “En el fondo del mar hay peces de colores maravillosos, pulpos, delfines, ballenas, entre otros”.

Un osito que lo acompañaba se asomó por la ventana para ver lo que el capitán decía, y se dio cuenta de que era cierto.

Cuando entraron en peligro, el capitán aumentó la velocidad del submarino. Un día los persiguió un tiburón, pero lograron escapar.

Desde ese día, el osito se asustó tanto que decidió no acompañar al capitán en sus paseos en submarino al fondo del mar.

El niño soñador

Magnali Mosquera Martínez

Un niño llamado Alexander –que vivía en una vereda cerca de las montañas con su familia, rodeada de naturaleza y animales–, todos los días se levantaba muy alegre a ayudarlo a sus padres a darle comida a los animales y a despedir a su padre, quien salía diariamente a sus labores.

Un día Alexander se enfermó y su madre muy preocupada por su salud lo llevó al pueblo y fue atendido por el médico. Luego, regresó a su vereda y se quedó dormido, soñando que su padre era secuestrado por hombres fuertemente armados que lo trataban muy mal.

Se despertó muy asustado y voz temblorosa. Le contó esa pesadilla a su mamá, quien le dijo que se sentara a orarle a Dios para que no permitiera que algo malo le pasara a su padre. Es muy triste que un niño crezca con la ausencia de sus padres, porque es el tesoro más valioso que Dios nos ha concedido. Que el secuestro no exista más en nuestro país.

Su madre lo tranquilizó y le dijo que todo era un mal sueño: “Ya todo ha pasado, tus padres están a tu lado”.

Con estas palabras Alexander se tranquilizó y dijo: “El amor es el que une a la familia por siempre y cada día disfrutaré de mi familia”.

(*c*)

Crónicas

Compilación
Taller a cargo de José Carabalí



12 de diciembre

Flor de Azalia Mina Cárdenas

Era un 12 de diciembre, pero no cualquier 12 de diciembre. Era el de 1979. Es un día que muchos recuerdan; algunos con mucho dolor, otros con mucha angustia, desesperación, pena, nostalgia, impotencia, temor y varios sentimientos más. Es decir, hubo muchos sentimientos encontrados ese día... Fue algo inesperado por causa de la naturaleza.

Algunos se acuerdan de este suceso porque lo vivieron; otros porque nos lo contaron. Ese es mi caso. Soy Flor de Azalia Mina Cárdenas, y a mí me lo contó mi madre, primero, y luego vecinos, primos, familiares y los diferentes medios de comunicación.

En aquel día del terremoto-maremoto mi querida madre tenía escasamente un mes de haber dado a luz a una de mis hermanas mayores y a su cargo tenía nueve hijos: ocho mujeres y un varón. Aquel día hubo momentos de horror, miedo, pánico y mucho más. Mi hermano mayor se quitó la camisa y se la colocó en la cabeza a mi madre y ella, en medio de todo, bendijo a su hijo, le dio gracias a Dios y pidió perdón a los dos.

Y desde ese momento todo esto nunca se borró de su mente. Se los afirmo, porque siempre nos lo contó.

Balompíe: semilla o enfermedad

Lucero Ordóñez

Mi historia toma vida en Robles, vereda cercana a Tumaco.

Ahí llegué y pasaron mis primeros siete años de mi niñez corriendo tras una improvisada pelota elaborada con tela y cabuya, pero que para mi corta edad era mi tesoro.

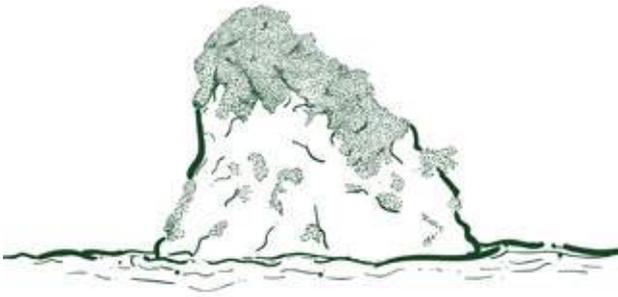
Pasaba horas y días bañado de sudor, dándole más forma a mi balón; como mi mente lo veía.

Una mañana, en el radio viejo de la cocina, escuché sobre una convocatoria para un torneo en Tumaco llamado el Pony Fútbol. Era solo para niños que no pasaran de los ocho años de vida. Para ese entonces era el año 2008.

Nos reunimos cinco niños roblereños y llegamos a una institución sin ánimo de lucro llamada escuela Calimío. Allí aprendí la técnica de cómo se pelea con un balón de verdad.

Fui seleccionado para el torneo Pony Fútbol y ganamos entre catorce equipos tumaqueños todos. Ese primer lugar nos permitió viajar al Putumayo para eliminar al campeón de ese departamento y lograr así llegar a la cuna de la Pony Fútbol en Medellín. Pero el trofeo anhelado se nos fue de las manos en ese lugar. Las condiciones eran diferentes: la cancha de grama sintética o plástica y más corto el espacio de juego. Yo solo conocía arena y muuuucho espacio. Pero mi ánimo no decayó y con mayor entusiasmo por lo desconocido se aceleró. Continué mis viajes de Robles a la escuela deportiva, con la ilusión de que ahí encontrara mi futuro. No sé si esto era semilla o enfermedad.

Pasaron cuatro años y fui visitado por un caza talentos del Deportes Tolima. Hoy figuro en la plantilla del equipo y continúo con la misma esperanza y entusiasmo, y con los ojos bien puestos en la meta: crecer el nombre y ondear la bandera de mi Colombia y del Pacífico nariñense, ocupando el lugar número 10 en nuestra Selección Colombia. No he podido aclarar a mis dieciocho años si será semilla o enfermedad. Soy Emersson Angulo.



Mi pasado

María Luisa Valentierra

En una hermosa playa, a pocas horas del municipio de Tumaco, se encuentra aquella donde nací. Tiene el nombre de Pasa Caballo; con unas hermosas palmeras y lindas olas que acariciaban la arena, donde los niños y los jóvenes disfrutaban correr descalzos y bañarse.

Vivíamos con mis siete hermanos y mis padres; éramos tan felices. Sí, así, como toda familia en su hogar, ya que nuestros padres y abuelos nos contaban cuentos, chistes y versos cada noche que nos reuníamos en casa o en la playa en medio de una fogata.

Mis hermanos y yo solíamos caminar la playa cada mañana antes de salir el sol para poder disfrutar de sus ricos moluscos, como los ostiones, almejas, reculambay y jaibas, las cuáles nuestros padres preparaban de distinta forma.

Pero la felicidad no duró mucho tiempo porque un día común, como cualquiera, nuestro padre salió de casa a trabajar y no volvió. Pasaron días y semanas pero él no llegó. Así pasaron meses, hasta que en un buen tiempo mi Madre se enteró –por bocas ajenas– que mi padre nos había abandonado y que ya tenía formada una nueva familia con una mujer chocona; mujer malvada que le dio una hierba llamada aborrecedera para que él nos despreciara. ¡Así como lo están escuchando!

Todo fue muy duro para todos y aún más para mí, porque yo era su hija consentida por el gran parecido que tengo con mi abuelo paterno. Pero todos en la casa, al llegar la noche, nos sentíamos

muy tristes por su partida y nos preguntábamos porqué se había marchado sin decir adiós o un hasta luego; pero todo pasó rápido. Mi madre, a pesar de ser una mujer luchadora, con un carácter fuerte y un enorme corazón con el cual ama a todos sus hijos, un par de noches la escuché murmurar en voz alta y llorar en silencio. Decía: “Dios mío, dame más fuerzas para poder sacar a todos mis hijos adelante”. Con lágrimas en los ojos le pregunté: “Mami, ¿por qué llora, qué tiene?”. Y ella me respondió con su voz quebrantada: “No pasa nada hija”.

Con tan solo cinco años de edad memoricé cada palabra en mi mente; aunque algunas personas dicen que los niños no tienen memoria o recuerdos, pero yo digo que es mentira.

Mi mamá, a la que tanto admiro y le doy gracias a Dios por tenerla conmigo, a ella le tengo admiración y agradecimiento porque supo cómo sacarnos adelante con mis hermanos mayores, con un trabajo tan humilde como es el de conchear y la pesca. Así se han mantenido las personas que viven en mi hermosa playa Pasa Caballo.

Pero con el paso de los años, fui creciendo con un gran odio y rencor contra mi padre que nos abandonó.

Cuando solíamos conciliar el sueño en las noches; los vientos solían sacudir nuestra casita de madera, así como el ruido de las olas arrullando la playa. Esto nos producía mucho miedo, lo cual implicaba que corriéramos a buscar refugio en la cama de nuestra madre; y dormíamos todos en una sola cama apeñuscados.

Teníamos un hermano enfermo de asma o ahogo, como lo quieran llamar. Él es mi hermano mayor. Aquella enfermedad casi le cuesta la vida, pero como Dios es todo poderoso lo ayudó a luchar contra su terrible enfermedad, que lo dejaba sin respiración todo el tiempo.

Pero mi mamá, una mujer pilosa, con sus hijos logró curarlo con remedios caseros, hierbas o plantas medicinales y con los remedios que algunas personas le daban. No me avergüenzo de mi mamá porque ella fue esclava del manglar por muchos años; para darnos a mis hermanos y a mí el pan de cada día.

Es muy duro saber y sentir ese inmenso vacío que te come por dentro, causado por una persona que quisiste mucho tiempo.

Desde ese entonces me convertí en una niña conflictiva y sensible al mismo tiempo. Un poco raro, ¿no? ¿Por qué? Conflictiva porque cuando me tocaba ir a la escuela y mis compañeros me molestaban diciendo que no tenía papá, yo me lanzaba como una fiera furiosa encima de ellos y les pegaba y después de la pelea lloraba en un rincón del salón en silencio. Decía, “mi papá ya no está y no me quiere más”. Así conviví con eso por mucho tiempo, conservando amor y odio en mi corazón.

Pero hoy en día soy una mujer guerrera, luchadora, emprendedora, y con unos sueños y metas que cumplir, para darle lo mejor a mi mamá; la cual se lo merece. A mi papá, yo lo perdoné; pero aún tengo ese rencorcito que me carcome por dentro. ¿Por qué lo tengo?, se preguntarán, y les doy la respuesta: ¡Porque él aún no se atreve a mirarme a los ojos y pedirme perdón por lo que nos hizo. Solo dice que soy mala y grosera! ¿Por qué? Porque no lo quiero, ni le tengo respeto como padre.

Pero mis hermanos sí se hablan con él. Yo, a la única que le debo mis agradecimientos es a mi mamá y a otra mamá adoptiva que tuve.

Se preguntarán, ¿mamá adoptiva? Sí tengo una, a la cual quiero con todo mi corazón.

Se las presento: ella es DELFIDA RÍOS ORDÓÑEZ, otra mujer luchadora. Una de mis guerreras favoritas. Emprendedora, con un corazón de oro, que me acogió en su hogar y me brindó amor, amistad, respeto y perseverancia, junto con sus once hijos, y conmigo ya éramos doce. Esa mujer pobre, humilde y sencilla,

me enseñó a leer y a escribir. Por ella llegué a una escuela y me siguió motivando para salir adelante.

Ellas dos son mis más grandes tesoros. Solo le pido a Dios que las tenga con vida para darles todo lo mejor de mí cuando termine mi carrera en la universidad. Y con esto me despido.

Yo quiero mucho a mi madre porque ella sola me crió, con sus senos me alimentó y ese orgullo lo llevo Yo.



Crónica de mi niñez

Yaque Katherín Valencia

Hace quince años atrás, teniendo tan solo once años de edad, cuando era una niña alta, morena y de ojos café, que estudiaba en el Colegio Ciudadela, empecé a conocer el mundo de la cultura tradicional.

Comencé a saber qué era la danza, la música y los instrumentos tradicionales. Aprendí cómo se identifica la marimba por sus notas musicales, el bombo cómo se construye por su sonido; tiene dos tipos de pieles para identificarlo, el cununo por hembra y macho.

Con todos esos conocimientos tradicionales, quedé encantada con su historia y decidí guiarme por ese camino. Y así, recorriendo, llegué a la Fundación Tumac, escuela donde enseñan todo lo que tiene que ver con tradición en baile, música y elaboración de instrumentos.

Teniendo tan solo trece años conocí a la señora Lailis Quiñones y a Francisco Tenorio. Fue así como ellos me brindaron sus saberes como maestros y me empoderaron de su cultura para aprender y compartir.

Y es así como ahora, teniendo veinticinco años de edad, sigo recibiendo capacitación en aquella Fundación, mostrando todo lo que sé y compartiéndolo con los demás para que nuestra tradición no se pierda en nuestro municipio nariñense... Tumaco.

Mi querido BASTÓN

Cintia Margarita Castro Ocampo

En este día nublado y desamparador llegan a mi mente recuerdos de mucho amor y dolor; recuerdos que dividen mi vida en dos. En el cuarto de mis padres mirando al rincón, observo la gran herencia de mi abuelo Luis Ocampo; mi gran señor, hombre de muchas historias y poco rencor.

Hoy, mirando su BASTÓN, llegan a mi mente recuerdos inolvidables de esa forma innata de contar historias que nos envolvía sin protestar por el tiempo o pensar en cuestionar, historias que por horas nos sentábamos a escuchar. Él pasaba de uno a otro en esos relatos sin igual; que siempre tenían principio, pero nunca final.

En tus historias viajaste por campos, montañas y mar; dejando en cada una un mensaje para recordar.

En muchos de tus relatos destacabas la valentía con la que enfrentaste uno a uno de los retos que la vida puso en tu andar. En otros, resaltabas los enfrentamientos con la tunda y el riviél. En otros, nos enseñabas sobre la importancia de soñar; solía decir: “La mente no tiene límites, ni los sueños frontera. Si quieres algo propóntelo y lo obtendrás. Todos tenemos posibilidad de llegar lejos, el único límite eres tú y tu capacidad de soñar”.

Hace un año que te fuiste y sigue siendo triste recordar; más aún sabiendo que ya no volverás, que no volveré a ver ese hombre valiente y trabajador.

La muerte llegó silenciosa y me lo arrebató.

Esta vez mi abuelo se fue para ya no volver; dejándonos como herencia un hermoso BASTÓN de palo que fue su más fiel compañero en los últimos años.



¡Mamá, no pelees más!

Laura Paredes Ocoro

“¡Mamá, no pelees más!”, era mi grito cada mañana. “¡Mamá, no pelees tanto!”; decía yo entre mis pensamientos. “¡Mamá, no pelees más!”; en la plegaria que mi alma realizaba al cielo entre el caos de mi realidad. Sin embargo, siempre que recuerdo mi infancia, la veo luchando como aquel boxeador en el cuadrilátero. Ella nunca escuchó, tal vez por mi voz tan tenue con la que hablaba en esos cinco o siete años que tenía en ese entonces.

No comprendía porqué siempre peleaba. Tenía siempre sus manos formando garras, llenas de rasguños. Su grueso cabello negro, ahora hilachado por la diabetes tipo dos que padece, siempre estaba firmemente trenzado; con aquellas trenzas de pucho que no han dejado de adornar su cabello, haciendo oda a su pasado, apología a su ancestralidad. Yo quería que ella luciera su pelo, que mostrara al mundo lo alto que podía llegar a crecer su melena, pero nunca imaginé por qué no lo hacía. Sus ropas holgadas, más que cubrir su robusto cuerpo cubrían su alma, su esencia, sus miedos e inseguridades. Nunca la vi débil, lo único débil de ella era la sensatez a la hora de pelear. Ella peleaba, con la razón y sin ella.

“¡Mamá, no pelees más!”...

“¡Mamá, no pelees más!”, grité por casi diez años más. “¡Mamá, no pelees más!”, grité por última vez entrando a mis dieciocho años; cuando ya no intenté entenderla a ella, cuando desistí de tratar de comprenderla, cuando la dejé a un lado y no quise

verla más en ese acto, cuando cerré mis ojos ante ella, mientras protagonizaba la mejor y más candente de las peleas que se hayan presenciado. Volteé mi cuerpo y dejé que mi espalda fuera lo único que ‘espectara’ una más de sus hazañas.

Lo hice; le permití pelear sin suscitar ni una palabra que mediara el conflicto.

“¡Mamá, no pelees más!”, nunca volví a decir; porque un día decidí mirar a sus contendores, sus acciones y motivos para guerrear contra una pobre campesina.

“¡Campesina, bruta, loca; bazofia (término que nunca llegué a comprender), ignorante y loca!”, era el pregón de una multitud infame que luchaba por poner en entre dicho la dignidad de aquella mujer.

Hombres y mujeres, que a pesar de ser hermanos, tíos y primos de mi padre; ya no les llamo familia debido a la infamia que cometieron. Mamá no les hacía daño. Mamá, al contrario mío, no los odiaba. El más sonoro de sus errores fue amar de manera diferente, de una manera libre, protectora y sin distingo. Ahora, a mis veintiocho años, recuerdo las cosas de manera diferente; ya no es ella la villana de los eufemismos de mi desdichada infancia.

“¡Mamá, no pelees más!”, decía hasta que entendí que esa armadura que le impedía darme un beso, estaba construida por el amor que nos tenía. Ella jamás permitió una humillación. Una mala palabra, un golpe o una injuria contra los descendientes de la bazofia, de la campesina, de la loca, la ignorante, la bruta y la puta del paseo.

“¡Mamá, no pelees más!”, grité por última vez sin cesar. La diabetes no te dejará; levanta tu rostro y observa nada más. Cruza tus brazos en torno a tu nieto y déjame pelear a mí.

Mamá no volverá a pelear; he crecido y comprendido la razón de sus cruzadas.

Una vida para dos

Darly Johana Cortés

Era un sábado por la noche del año 2018, un día ajetreado por el trabajo para toda la clase obrera que espera con ansias ese tan anhelado día de descanso y de zafarrancho, salir con los amigos a disfrutar del placer banino que ofrece este mundo terrenal. Los hombres tumaqueños incitados por el trago y las hermosas mujeres de nuestro puerto nariñense, lucen sus mejores trajes, lustran sus zapatillas y salen a pasear.

Gustavo, un chico de apenas diecisiete años, ya luchaba con la responsabilidad de ser padre a tan temprana edad. Extasiado por la emoción de ser padre primerizo, luchaba por su bebé y su adolescente novia. Todas las noches salía a trabajar mototaxi, ya que se negaba a renunciar a sus estudios y poder progresar en medio de tanta pobreza y violencia.

Una noche muy fructífera para él, parecía que todo marchaba a la perfección en el trabajo, “careras” por doquier. Nadie pensó que sería una noche que quedaría marcada en la memoria colectiva de toda su familia, todos los que nunca imaginaron que vivirían una tragedia de ese calibre. A eso de las 11:00 p. m. a Gustavo le salió una carrera a uno de los barrios más azotados por la violencia en el municipio de Tumaco. No obstante, eso no fue impedimento para este chico con ganas de trabajar y llevar el sustento a su humilde familia, sin pensar en el trágico final que tendría su vida. Después de dejar a su pasajera “cliente” en su lugar de destino, cuentan algunas personas que presenciaron los hechos que a aquel joven soñador se le acercaron dos

hombres de muy mal aspecto y sin medir palabra lo bajaron de su moto. Comenzaron a golpearlo, el chico peleó con aquellos hombres; trató de luchar, resistir por su vida. Pensaba en que no conocería a su bebé que estaba a punto de nacer, en su joven esposa que quedaría desprotegida, pero por más que intentó escapar no fue auxiliado. Dejaron a Gustavo mal herido bajo la mirada indiferente de algunos espectadores. Y en casa, aquella joven angustiada, no sabía la suerte de su joven esposo. No fue hasta el otro día que su familia, al ver que no había llegado a dormir, salió en su búsqueda, para llegar a encontrar el cuerpo sin vida de aquel soñador.

En mi bello Tumaco donde los barrios se han convertido en fronteras invisibles, en zonas de combates, donde algunas personas deciden ser solo espectadores, donde nos ha tocado volvernos inmunes al dolor para combatir el miedo, la violencia en algunos lugares –por ser de un barrio diferente– arrebató los sueños a alguien más. Pero aún así, en medio de tanto dolor, nuestra gente se niega a dejar que el miedo les arrebató lo más importante que tienen... su fe.

El mangle y su riqueza

Karen Rodríguez Núñez

¿Qué pasa con nuestros manglares? Qué tristes han quedado; con paisajes y sin ecosistemas sistematizados. Tumaco, pueblo rico en biodiversidad, ha sido explotado y mal utilizado. Es triste ver la invasión de aquellos manglares que una vez fueron barreras que protegían a un pueblo; ahora están en apuro o a punto de extinción.

En épocas antiguas era enriquecedor ver personas que apreciaban lo que la madre naturaleza nos brindaba; en donde bañarse y aprovechar los manglares era sinónimo de felicidad. Hoy vemos que ese lugar se convirtió en hábitat de destrucción ambiental e inconciencia personal.

Dentro de la urbanización, hoy los barrios de la comuna número cinco del Distrito Especial de Tumaco son muestras recientes del impacto generado en aquellos hermosos manglares, que daban beneficios continuos, que retribuían a la eficiencia y protección ambiental.

Tumaco es el lugar de las oportunidades para emprender propuestas de restablecimiento y garantizar la disminución de las invasiones a ecosistemas de manglar, llevando a la concienciación poblacional para resaltar nuestra belleza multicultural y de biodiversidad. Necesitamos un cambio de la percepción que se tiene de nuestro territorio, y por qué no empezar con resaltar nuestras riquezas y llenarlas de historias que integren cada

nación y aquellas etapas que implican la gestión ambiental de manera regional.

Vivamos para dar réplicas positivas al medioambiente, para cuidar los recursos y para que a partir de un buen desarrollo se puedan hacer historias que queden reflejadas para revisarlas y poder decir: en Tu Tumaco se empleó un desarrollo para ser más conservador de lo ambiental y, gracias a ello, las futuras generaciones tienen ese gozo y tienen ese canto de evolución y avance; para cuidar y sobresalir por las riquezas de la región, por aquello que nos identifica y nos hace únicos.



El número que marcó mi vida

Elsy Rosmira Banguera

Sí; así como lo escuchan...

¿Ustedes se preguntarán cuál es el número que marcó mi vida y por qué?

Pues les voy a contar.

Aquel 4 de junio de 1992; fue el día que mi madre me trajo al mundo. Al cual le doy gracias a Dios por regalarme la vida y porque a pesar de todo lo que estamos viviendo en todo el mundo hoy en día...

Como, por ejemplo, el covid-19, más conocido como el coronavirus, una enfermedad que ha matado miles de personas en todo el mundo. Pero gracias a nuestro Señor sigo de pie; Él me ha protegido más que nadie, porque por cosas de la vida he sido víctima de muchos accidentes, los cuales por momentos pensé que acabarían con mi vida.

Pero no señores, gracias a mi Señor nuestro Dios, que siempre ha estado ahí para protegerme de todo mal y peligro, aquí estoy con ustedes gracias a Él. Pero todo no termina ahí... porque el número cuatro siguió marcando mi vida. Sí, pero esta vez fue diferente...

Aquel 4 de mayo del 2017 fue el día que mi hermanito mayor murió, Luis Banguera Peña, de una forma que nadie lo esperaba, que fuera a pasar así.

Una madrugada otra persona lo accidentó y, lo peor de todo, fue que esa persona no hizo nada para ayudarlo. Tal vez si lo hubiera hecho él no habría muerto, pero lo dejó ahí tirado como si no valiera nada.

Y, ¿saben algo? Yo a él lo quería y respetaba mucho, no saben cuánto me dolió su muerte. Sí, porque él quería tanto a mi hijo como si fuera de él...

Sí, así era mi hermano con sus sobrinos. Qué digo, sobrinos ellos para él, eran sus hijos también.

Nosotras lo recordamos tanto porque él era el alma de las fiestas, él era encantador, nos sacaba risas en momentos de tristeza.

Bueno; cuando llegó el día de la misa de su primer mes de muerto YO estaba de cumpleaños, lo cual me hacía sentir con sentimientos encontrados porque ese día recordamos la pérdida de nuestro hermano y a la vez Dios me estaba regalando un año más de vida.

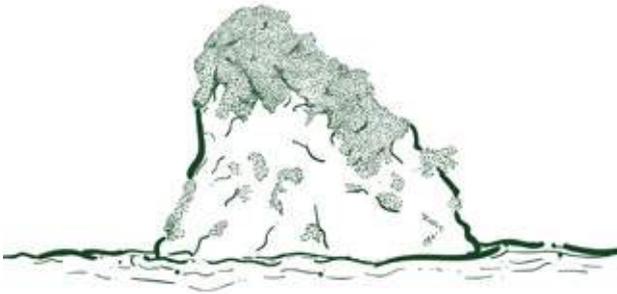
Sí... no sabía si reír o llorar, o tal vez hacer las dos cosas; que fue al final lo que hice. Después de que salimos de la misa, mi hijo se fue con la madrina a pasar el resto del día... mientras, yo me fui a tomar la foto de mis cumple.

Al llegar la tarde; tipo seis y treinta de la tarde, fui a recoger al niño a casa de su madrina. Cuando llegué, la madrina me dijo: “El niño no quiso comer en todo el día y le dio mucha fiebre y se quedó dormido”.

Al ratico, el niño se levantó y se sentó en la escalera, ojo hacia la ventana, me acerqué y le pregunté... “Mijo, ¿qué quiere comer?”. Mi hijo no me respondió, solo miraba hacia la ventana. Volví y le pregunté: “Hijo, ¿dime qué quieres de comer?”. Él, con lágrimas en los ojos dijo: “YO lo único que quiero es llevarle un pedazo de torta a mi papi Betto; para que se levante de ahí”, y me apuntaba hacia la ventana.

En ese instante la sangre se me bajó hacia los pies y lágrimas caían de mis ojos lentamente. Al escuchar lo que dijo mi hijo Elián Gael España Banguera, lo agarré y lo abracé fuertemente. Y sí, el número cuatro siguió marcando mi vida con personas que llegaron a mi vida a darme felicidad..

Ese número siempre me traerá recuerdos muy tristes, pero también recuerdos muy felices.



El condrosarcoma de mi madre

Cindy Rodríguez Núñez

El condrosarcoma de mi madre fue una enfermedad que se le apoderó de todo el cuerpo, dejándola sin respirar.

Al inicio de esta enfermedad le dolía el pecho; creyendo que era un problema del corazón. Hasta el doctor de Emssanar la declaró hipertensa, dándole aspirineta para el dolor.

Aquel 26 de marzo del 2015 la vida nos cambió de manera repentina: hacia la noche mi madre se desmoronó en el piso en tan solo un instante, revelando las caras de preocupación de todos sus hijos al no encontrar respuesta de aquel hecho tan triste e inesperado.

Agilizamos para llevarla al Hospital San Andrés, para que nos dieran respuestas de este suceso tan raro e impredecible; pues nunca había visto que una persona de buenas a primeras cayera sin poder caminar.

En el Hospital San Andrés le descubrieron una masa en su pecho y la trasladaron al Hospital Departamental en Pasto donde fue diagnosticada por el doctor de condrosarcoma. Esto es un cáncer que se apodera de todo el cuerpo, no te deja caminar ni mover las manos, hasta que al final no te deja mover el cuerpo, dejándote sin respirar.

Es una clase de cáncer maligno, que se va comiendo los huesos. Yo pienso que si el doctor especialista en Oncología la hubiera operado y quitado la masa, este no se habría regado.

La solución a esta enfermedad, y todas las que tienen que ver con el cáncer, es la quimioterapia y radioterapia. Estas sesiones fueron con sufrimiento para mamá; pues le calmaban el dolor por quince días, pero al mes parecía que no se hubiera hecho nada y más la destruía.

En los últimos días a mi mamá la remitieron a la Clínica de Oncología donde había diferentes especialistas para tratar la enfermedad. El doctor nos dijo que porqué no la habíamos llevado antes, pues ya era muy tarde y no había solución.

Si en Emssanar y el Hospital Departamental hubieran querido a mi Madre, desde el inicio la habrían trasladado a un lugar especializado, pero como salía caro la dejaron en cualquier lado. Ahí me di cuenta de que la salud en nuestro departamento es para el que tiene su plata. Los pobres andamos de un lugar a otro rogando que nos atiendan o nos den un medicamento; mientras que el que tiene plata busca al mejor especialista para calmar o curar su dolor.

Fueron tres años de idas y venidas en los que a sus hijos se nos partía el corazón por no poder hacer nada para que su madre estuviera con ellos, al menos para ver nuestras carreras profesionales, ya que ella nos impulsaba a estudiar. No importaba la enfermedad, decía: “Hay que salir adelante mis hijos”.

El día de hoy

Margien Valencia Mina

Grandes enseñanzas, grandes compañeros, grandes escritores, en pocas palabras excelentes cronistas. En estos hermosos días, que fueron cuatro sábados del mes de septiembre, aprendí a descubrir que sí podemos ser libres para aprender, expresar con los demás, interactuar.

A mis queridos maestros les quiero agradecer por dedicar su tiempo para escucharnos y darnos a conocer que nuestro territorio y nuestras crónicas grandes, pueden ser...—digo maestros y maestras, a cada uno de vosotros que participaron del taller— nos dejó sabias enseñanzas. Y aunque haya mucha tela por cortar de lo que es el aprendizaje, debemos perseverar y continuar con nuestro viaje para la meta alcanzar. Esto no es de un día, ni de un año, ni de tres; es de un largo recorrido, porque de todo hay que aprender. Hay miles y millones de cronistas que no conozco, pero a ellos mi respeto y muchas felicitaciones. Su proceso, especialmente al profesor o maestro José Carabalí y a su grupo de acompañantes; que con la bendición de Dios continuará exitoso y con paso firme, con la cara en alto. Sus días no serán hacia atrás, sino siempre hacia delante.

Mi ida sin regreso

Jennifer Paola Celorio Rosales

Ya se sabe que en la vida no todo dura para siempre, así como mi felicidad se acabó de un día para otro. Con tan solo cinco años de edad mi mundo ya se pintaba oscuro, amargo. El motivo de esta amargura acechaba todos mis pensamientos, y sí, solamente tenía cinco años y pensaba ya tantas cosas de la vida y les juro que no eran buenas. Ahí fue cuando se me vino a la mente un dicho que tienen algunas personas mayores: “Tú estás muy chica para estar pensando tanto”, pero nadie sabe lo de nadie.

Ya se sabe que en los territorios donde estamos siempre ha habido violencia, pero en este caso me acechó a mí y me tocó esconderme, huir, correr, llorar y muy, pero muy pocas veces sonreír. Tenía un motorcito llamado abuelo que me protegí con sus uñas y clientes para que no me arrebataran de sus brazos.

El motivo de todas mis escondidas, mis lloradas, mis vidas, eran aquellos hombres que acompañados de una vecina que creíamos una amiga, me intentaron llevar, no una ni dos, sino muchas veces...

Esa vecina que creíamos amiga, me vendió a aquellos hombres, sin importar que solamente fuera una niña que tenía sueños. Sin importar que fuera una pequeña que solo en ese tiempo pensaba en jugar.

Hasta que llegó el momento de emprender la vida hacia adelante donde no hubiese peligro alguno. Y fue así cuando llegué a la ciudad de Bogotá. El clima de esa ciudad me aturdió. Yo tiritaba del frío, pero lo bueno es que no había riesgo de que

esos hombres me lastimaran. En Bogotá no todo fue bueno, pero estaba contenta de poder jugar sin tener ojos en la espalda que me aturdieran y me dieran pavor.

Bueno... ya hoy son nueve meses desde que llegué a Tumaco, pero no he sido capaz de acercarme a mi antiguo barrio; me da miedo encontrarme con esa mujer que no le importó vender una pequeña.



El llanto de una mujer desesperada

Anyela Rodríguez

En una madrugada un llanto de una mujer desesperada gritando: “No más; no más; por favor solo quiero que no me pegues más”.

Esa mujer siempre gritaba por los golpes propinados en su humanidad, y siempre en su humilde rancho: una casa con muchos agujeros. Siempre que llovía, los hijos se mojaban. Los hijos pequeños miraban el maltrato de su padre a su madre; nadie podía hacer nada. Siempre la dejaban sola con sus hijos gritando; sin ayuda de nadie.

Pasado un largo tiempo, el hijo mayor se cansó de ver mucho maltrato. Una noche no deseable, la mujer del llanto desesperado, empezó a gritar. El hijo se metió y casi hay desgracia. Solo se oía que una niña le imploraba al padre: “No papá”. Ni los vecinos ayudaron; algunos solo escucharon el llanto de una mujer desesperada.

Al pasar el tiempo todo parecía ir cambiando y el llanto de la madre ya casi no se escuchaba. Algunos vecinos se preguntaban: “¿Por qué no hay más llanto de una mujer desesperada?”. Por la sencilla y corta razón que había entrado a trabajar. Ya los llantos, el hambre, la humillación y el maltrato, se habían terminado.

Ya los hijos crecieron, y el llanto había desaparecido. Esa mujer desesperada, poco a poco se llenó de fuerza y amor para enfrentar la vida

Solo queda la felicidad muy deseada.



RELATOS

Compilación
Taller a cargo de Diana Quiñones



Recuerdos en movimiento

Yeli Yulissa Banguera

Mi vida está llena de caídas, desaciertos y aprendizajes. Han pasado muchas personas, algunas de ellas han dejado recuerdos, heridas y cicatrices, pero creo que el día que empezó mi carrera en contra con la vida –o eso era lo que yo pensaba– fue diez días antes de cumplir los diez años de edad. Desde entonces la forma de percibir la vida cambió drásticamente, ya no volví a ver arcoíris, príncipes ni princesas. Yo que pensaba que lo peor que me pudiera suceder era que me castigaran o no me dejaran salir a jugar con mis amigos; más simple dejé de ser para empezar a estar. Los colores fueron remplazados por tonos grises y sin vida, la soledad llegó y no tenía intenciones de irse, la realidad me golpeó tan fuerte que me mareó; todo eso por una misma razón. De niña solo había un lugar donde me sentía especial y única, era en casa de mi abuela. Ella era mi lugar favorito en el planeta. Ningún lugar se sentía como ella y un día se fue sin despedidas, sin dejar palabras de aliento o instrucciones de cómo seguir sin ella. Solo se fue, así sin más. Ese día pasé de ser a estar. Desde ese día no me sentía parte de nada, me veía fuera de la foto. El sentimiento de estar sola era asfixiante, pero también me reconfortaba. A veces solo quería estar sola con mis recuerdos, pero esos mismos recuerdos me ahogaban.

Ese sentimiento aún vive en mí. Con mucha más fuerza hay una pelea constante en mi ser, y aún no sé quién lleva la delantera. Y es ahí cuando la tristeza y la soledad me visitan, los recuerdos aprovechan la oportunidad para escaparse.

Cinco años después encontré un refugio que le dio sentido a mi vida, me jaló antes de caer en el abismo llenando todo mi alrededor de luz, seguridad y compañía. Encontré el mundo de la danza. Mejor aún, encontré a una familia, un grupo de personas con diferentes historias en un mismo mundo, con ganas de escapar y visitar otras realidades, que ve la danza como el transporte más rápido y eficiente para cambiar nuestra vida. Este increíble proceso se llama Pacific Dance, y es el impulso de muchos jóvenes –como yo– para seguir luchando por transformar nuestras historias.



No soy monja

Ulrike Purrer

Cuando llegué a Tumaco y empecé a arreglar mi casita de madera para vivir en el barrio Nuevo Milenio –“zona roja” en aquel entonces, y hasta ahora uno de los barrios más estigmatizados de la ciudad– muchos de los vecinos creían que yo era monja. ¿O cómo se explicaba el hecho de que una mujer soltera, mona, con un acento divertido de extranjera, se venía a vivir acá para compartir su vida con la comunidad e invitar a los niños y jóvenes a participar en un centro juvenil donde los domingos se celebra misa? “Monja ha de ser”, decían, y algunos todavía me dicen “hermana Uli”.

Vine a Tumaco para apoyar el trabajo del Centro Afro Juvenil, a aprender de los jóvenes y apoyarlos en sus proyectos de vida. Al inicio no pensaba quedarme tanto tiempo, pero me terminé enamorando de este proceso comunitario y ya llevo ocho años en esta territa. Empezamos con un grupo juvenil y otro infantil, con una pequeña sala de internet y unos libros que nadie consultaba. Después nació un grupo de danza, otro de música hip-hop y finalmente un grupo de circo. Todos los días el Centro Afro Juvenil está lleno de talento, vida y sueños positivos. Es un lugar increíble que inspira, y un detalle me parece importante en todo eso: los chicos me terminan enseñando más de lo que yo les puedo dar. ¿O cómo creen que una “monja” que no baila ni canta, logra coordinar un centro juvenil con bailarines, cantantes, acróbatas y malabaristas, si no es por el tremendo talento de los propios chicos? Lo que yo les he estado ofreciendo

es mi perseverancia hasta en las situaciones más complejas, mi convicción de un futuro en paz –porque la he vivido, porque sé que la paz es posible– y mi fe en que todo se puede cuando un pueblo se organiza y le apuesta a una transformación colectiva.

Nuestro proceso es lento, no quiero decir mentiras, hay que tener mucha paciencia y estar dispuesta a dar tres pasos para adelante y dos para atrás; lidiar con muchos obstáculos que ni siquiera me había imaginado que existieran. Pero eso no quita que estamos dando pasos firmes. Veo jóvenes empoderados, protagonistas de su propia vida, convirtiéndose en líderes de su comunidad. Veo mujeres que alzan la voz por la igualdad de derechos y por el desarrollo de su comunidad. Veo niños que ayudan a sus padres a ver la vida de otra manera, con ganas de estudiar en la universidad y ser unos grandes profesionales. Veo adolescentes que aman su tierra y la defienden con fuerza, pero sin violencia a través del arte. Así es como todos crecemos y aportamos a la justicia social y a la paz que este territorio tanto se merece.

Y de paso, aprendí a tapar goteras en un techo de lámina, a distinguir un bombo de un cununo. Me enseñaron a tejer y a luchar por los puestos de atrás en la lancha. Aprendí a raspar coco y a dormir con la música del vecino a todo volumen. Todavía me falta aprender a conchar en el manglar, a bailar salsa y muchas cosas más. Así que aquí me quedaré.

Huellas comunitarias

María Alejandra Castillo Murillo

Soy María Alejandra Castillo Murillo, tengo diecisiete años, nací en el municipio de Tumaco. Vivo en el barrio Nuevo Milenio, el cual ha sido un barrio muy azotado y estigmatizado por la violencia, ya que hemos pasado fuertes conflictos. En ocasiones, no hemos podido salir de nuestras casas, hemos tenido que vivir escondidos y todo eso gracias a los diferentes grupos delincuenciales, pues ellos atentan contra nuestra dignidad como persona e integridad.

Pero a pesar de toda esta violencia que hemos tenido que pasar y sufrir, existen espacios que nos ayudan a estar en un entorno diferente. A pesar de que nuestro barrio sea un poco pesado, hay un espacio donde nos podemos sentir tranquilos: es el Centro Afro Juvenil. Este es un espacio para niños, jóvenes y adultos, en el cual nos podemos sentir seguros, podemos estar y hacer cosas diferentes que no sean violencia, como el grupo de circo, danza, mujeres tejedoras, grupos de confirmación, música, infancia misionera y zaquearos. Todas estas cosas nos ayudan a salir de la rutina de la violencia que el barrio vive y nosotros podemos estar un poco tranquilos.

Gracias a estos espacios que nos brinda el Centro Afro fue como yo logré encontrar mi lugar. Bueno, yo llegué a este espacio porque el año pasado tenía la edad para iniciar mi confirmación, entonces inicié con todo el proceso de la confirmación y en este nos explicaban que teníamos que cumplir tres requisitos, los

cuales consistían en venir a clases de confirmación, a las misas y prestar trabajo comunitario.

Inicié cumpliendo los tres. Entonces empecé mi trabajo comunitario, y pues no digo que inicié queriéndolo hacer, pero después me empecé a enamorar del trabajo con los niños, del trabajo de enseñar, de educarlos. Porque aparte de enseñarles y sentarme a hacer las tareas con ellos, uno también aprende a conocer a los niños y a educar, a enseñarles y a concientizarlos de los peligros que hay en el barrio y de lo que no debemos hacer y los caminos que debemos tomar. Y gracias a eso me enamoré de lo que hago, y aparte ya no lo hago como una obligación sino como algo que me gusta. Entonces, al principio inicié viniendo una vez a la semana. Luego, cuando ya me fui enamorando de todos estos procesos venía cuatro veces a la semana y hasta cinco veces a la semana. Mi mamá me decía: “Usted ya no vive más en la casa, sino en el Centro Afro”. Y yo le decía: “No mamá, es un espacio donde me gusta estar y aparte es muy lindo porque es muy gratificante, aunque no te pagan, no ganas nada en dinero, pero es súper lindo ver cómo los niños después de que salen de ese espacio, tú vas por la calle y de repente te dicen «Hola, hola, profe, ¿cómo estás?». Y tú te quedas asombrada, y dices en qué momento soy profe, si no tengo título, no tengo nada. Pero uno dice guau, me llaman profe porque me siento con ellos todos los días a explicarles, a enseñarles, a corregirles; aunque hay niños que toca un poco duro con ellos, porque siempre el contexto del barrio les ha afectado mucho. Pero aun así uno tiene que tratar de concientizarlos y de generarles un nuevo pensamiento sobre la violencia que tienen, y los pensamientos que han adquirido. Pero pues esto hace parte de todo esto, y es muy lindo ver como ellos en realidad acatan todo eso que uno les está enseñado, porque realmente se ven cambios significativos en cada uno de ellos. Y, por último, quiero agradecer al proyecto “Mujeres afro tumaqueñas narran su territorio” por bridar este espacio para poder contar nuestras experiencias desde nuestro territorio. Gracias.

Desde siempre echada pa' delante

Por Emir Orejuela Roja

Era una niña que desde muy pequeña le tocó aprender por sí misma a trabajar y a cuidar a sus hermanos. Ella vivía con su mamá y el padrastro, con quién no se entendía muy bien y sentía cierta desconfianza por su manera de tratar y mirar con malicia a sus hermanas y a ella.

Con el tiempo, esa desconfianza se volvió aún más grande en el momento que el padrastro actuaba de manera muy sospechosa con una de las niñas que vivían en la casa, le tocaba los senos y siempre quería estar a solas con ella. Emir le decía a su mamá lo que veía y estaba pasando, pero sin embargo ella no le creía. Hasta que una madrugada la mamá de Emir se fue a trabajar –como de costumbre– vendiendo sus Naidis de Campo (Alegre en el Charco Nariño) y el padrastro, sin importar que estaban las otras niñas, se metió al cuarto y se metió en la cama donde dormía una de las niñas y comenzó a molestarla y a quitarle la ropa. Emir no dudó en gritar y agredirle para que dejara de violar a la niña. Cuando ella quiso mostrar evidencia de que el marido había violado a su prima, no le creyeron porque ya los vecinos habían dicho que era grosera con el padrastro y la mamá le pegó. Llena de odio, se le ocurrió llevar las sábanas llenas de sangre a la Policía. Al llegar a la Policía ella señaló sin duda alguna al padrastro y a su mamá como culpables, pero la mamá no estaba al tanto de nada. Luego, se llevaron al padrastro a la cárcel y Emir decidió irse de la casa llevándose a su hermana menor y dejando a la niña violada donde una tía que la cuidara.

Emir, con ocho años de edad, viviendo con una vecina que no la trataba muy bien, seguía trabajando para poder mantener a su hermana menor y a ella misma. Pero al ver y sentir ese rechazo se fue a vivir donde otra señora de la cual aprendió a hacer muchas cosas como amasar pan, hornear galletas y pasteles, y muchas cosas más. Luego de eso, ella llevó a su hermana menor donde su papá para que se hiciera responsable de ella.

Trabajó y trabajó hasta que cumplió los dieciséis años de edad. Después de haber pasado por tantas cosas, a Emir la comenzó a pretender un joven mayor que ella cinco años y fue enamorándose, hasta que decidió irse a vivir con él. Todo se veía color de rosa, pero existía un gran problema: aquel joven era muy bebedor y eso les causaba problemas en la relación.

Tuvieron tres hijos en los seis años que estuvieron juntos, cansada de que su marido tomará tanto y no aportará nada en la casa, entonces Emir decidió irse de la casa al único lugar donde la apoyaran, en Guapi, Cauca. Luego de estar en ese lugar donde le daban todo, ella no se sentía muy a gusto al estar de maternidad. Entonces, salió otro pretendiente y se fueron a vivir juntos. Al principio todo iba bien, tuvieron en total once hijos. Pero desde el séptimo hijo él se reveló y andaba con varias mujeres encima de ella, y aun así ella seguía trabajando con sus hijos en una panadería que puso.

Pasó el tiempo y ella –analizando su situación y pensándolo bien– dijo trabajar y trabajar mis hijos porque tengo que aguantarme cosas de ese hombre que no aporta nada. Y decidió irse de la casa porque ya había muchos motivos para irse, pues ella no quería estar con una persona que le fastidiaba aún más. Además, se sentía mal porque tenía un hijo que se le enfermó de una esquizofrenia indeterminada y tuvo una violación.

Luego de eso se fue a vivir a Tumaco, Nariño, donde llegó a la casa de una señora amiga, buena persona ella porque la recibieron con los tres hijos y tuvo la suerte de encontrarse a un amor a primera vista, el cual le ha ayudado mucho. Él le ha ayudado a sacar adelante a sus hijos, hasta un cierto punto. Aún

sigue con el trabajo día tras día, y fue ahí donde descubrió su verdadera pasión: el amor por el arte de reciclar y elaborar todo tipo de manualidades con material reciclable. Aprendió a ver en una botella, un vaso desechable, cartón, o como le llaman los demás, basura, o cualquier elemento que mira en las calles, una posible obra de arte. Es una mujer que dedica el mejor tiempo en elaborar artesanías de material reciclable.



La historia de mi vida

Karen Yesenia Cuero

Tumaco es un pueblo que tiene una belleza inmensurable. Cuenta con unas playas hermosas y lugares increíbles. Su gente es cálida y amable. Además, tiene una gastronomía inmensa, sus platos son exquisitos: la concha, el camarón, el pateburro, los pescados, en fin un sinnúmero de platos para deleitar nuestro paladar. Todo es realmente muy lindo en este lugar y qué decir de su cultura tan rica en tradición. En este lugar he pasado los mejores momentos de mi vida. Llegué a este pueblo a los quince años de edad, terminé mi bachillerato y luego me fui para la ciudad de Cali en busca de un futuro mejor, pero aun así no pude lograr los planes soñados. Retorné a Tumaco, pasó el tiempo y me enamoré. Me olvidé de todos los sueños y metas por cumplir.

Ahora soy mamá de tres lindos hijos, los cuales son el motor, la fuerza e inspiración de mi vida para seguir luchando por ellos, por generarles esas oportunidades que yo no tuve. Y sueño que Tumaco siga siendo ese lugar mágico donde ellos puedan crecer sanos y salvos, lejos de la violencia y los peligros.

Bendecida por el diseño

Mónica Tomala Pai

Quiero agradecer al proyecto “Mujeres afro tumaqueñas narran su territorio” por contar las experiencias desde nuestros espacios. Quiero contar un poco sobre el proceso que hemos tenido nosotras, como mujeres madres cabeza de familia y madres viudas, cómo a través del grupo Tejiendo Sueños hemos creado un espacio colectivo para crear y mostrar nuestro talento, pero también para sobrellevar nuestras cargas emocionales. Este grupo, más allá del interés económico, es un espacio de acompañamiento entre sí, de todas esas mujeres luchadoras y guerreras que dan todo por su familia y comunidad. Es un espacio donde se brinda un apoyo y colaboración de unas a otras para solucionar los diferentes inconvenientes que hemos tenido en nuestra labor como cabezas de hogar. Como grupo nos reunimos para realizar nuestros tejidos tales como llaveros, ropa, mochilitas, aretes, entre otros. Mientras tejemos, vamos hablando cada una de nosotras sobre las cosas que nos pasan en nuestras casas, con nuestros hijos, esposos, nietos y demás. Entonces vamos tejiendo y preguntando a ver qué le pasó, qué tiene. Y así nos vamos aconsejando y liberando de toda esa carga que traemos de nuestros hogares. Pero lo más importante es que sabemos que no estamos solas, que tenemos sueños comunes y problemas iguales que podemos resolver juntas, que en nuestras comunidades y territorios existen mujeres que están luchando día a día para sacar adelante a su familia.

Además, contamos con el apoyo y acompañamiento de Uli, la cual ha sido una mujer que unió este grupo y nos brindó la oportunidad de tener este espacio nuevamente. También, darle las gracias porque es la encargada de organizar y orientar al grupo y generar espacios para conseguir los materiales y la venta de nuestros productos para así generar los ingresos para nuestra familia. Quiero resaltar que yo siempre digo que el tejido ha sido una bendición para mi familia y para mí porque, por ejemplo, ahora en esta época de pandemia nos sirvió muchísimo, ya que fue el motor con el que pudimos generar dinero en nuestra familia.

Tejiendo me consuelo

Anauri Valencia

Aprendí a tejer desde los ocho años. Aprendí de mi mamá, ella era tejedora. Ella me enseñó a formar las cadenitas. Recuerdo cuando ella me decía que aprendiera, que con eso algún día me serviría para algo en la vida. Me parece escuchar esas palabras hoy. Entonces me decidí a aprender y así fue; esas palabras fueron sabias. A veces me pongo a pensar en las palabras que mi mamá me dijo porque pensé que lo que ella me decía era por decirme. No pensé que iba a tener toda la razón y que las cosas que me enseñó en ese tiempo me fueran a servir y aun a mi edad. Como yo en ese tiempo era pequeña no le ponía atención a las cosas, pues tejía por tejer o porque la miraba a mi mamá. No sabía qué era un crochet, ni el nombre de las puntadas y tampoco sabía nada de diseño.

Unos años después, como en el 2011, llegó una señora que se llamaba Dora Vargas. De cariño ahora le decimos Dorita. Ella enseñaba a tejer; uno compraba el hilo y los materiales y ella nos enseñaba. Y allí se creó un grupo grande de mujeres, unas sabíamos, otras no. A ese grupo se le llamó Mujeres tejiendo vida. Después de un tiempo ese grupo desapareció y se fue para otro barrio. Aun así aprendí muchísimo en ese proceso y perfeccioné mi tejido. Después de mucho tiempo me dijeron que estaban creando un nuevo grupo. Pues yo, ni corta ni perezosa, vine a hablar con la persona encargada y de una vez me quedé aprendiendo y siendo parte del grupo. Me hicieron una prueba. Ese día fue un día muy especial para mí, le expliqué a la profesora

lo que sabía y empecé a tejer. Aprendí cómo sacar un diseño, cómo empezar un tejido, tantas eran las ganas de aprender que aprendí rapidito.

Bueno, unos años después –en el marco de todo mi proceso como tejedora– me mataron a mi hijo, el último de los varones. Esa muerte de mi hijo me cayó como un balde de agua fría, me deprimí mucho, tenía mucha rabia y odio hacia esas personas que le quitaron la vida a mi hijo. Era un joven que apenas empezaba a vivir, que tenía sueños y un futuro por delante. Cuando pienso todo eso me siento mal, lloro mucho, me acuerdo de todas esas cosas que viví con él y es injusto. Pero como siempre está ahí mi refugio, el tejido, me pongo a tejer y así me voy olvidando un poco de las cosas que me molestan o que me ponen triste, y con cada agujetada voy aliviando ese dolor y perfeccionando lo que aprendí.

Aprendí a hacer mochilas, a sacar diseño de bolsos, sombreros y otras cositas más, aunque a veces borro lo que hago porque creo que no está bien, para volver a iniciar. Igual así aprendo muchísimo más. Por el tejido he conocido otras personas y a otros. Luego, por el tejido conocí a muchas mujeres, mi grupo de tejido se llama Tejiendo Sueños. Me llevo bien con mis compañeras y amigas. Cuando nos reunimos nos la pasamos bien, conversamos y nos desahogamos. Cuando estoy en ese lugar me siento feliz. Gracias compañeras porque sin darse cuenta me han ayudado a sobrellevar este dolor que llevo dentro de mi pecho. Volviendo al tejido y, para terminar, el primer trabajo tejido que recuerdo que hice fue el diseño de un sombrero. Lo diseñé con un nombre. Eso lo quiero mucho porque me hace recordar el mejor día de mi vida como tejedora, tanto lo quiero que me lo han intentado robar varias veces y lo he rescatado.

El trabajo de tejer es más que formar figuras con un hilo y sacar un producto, es poner parte de mi tiempo, de mi vida, de mis gustos. Es amor, esfuerzo y paciencia.

Cuando pienso en cosas que me afligen busco mi tejido, porque tejiendo me lo consuelo.

Mujer luchadora

Ninfa Marcelina Castillo

Cuando estaba pequeña a mi abuelo le gustaba traerme a Tumaco en potrillo. Cuando estaba en el campo me gustaba jugar pelota, nosotros hacíamos equipos de fútbol para ir a las otras vidas. Cuando tenía mis doce años me gustaba escapármele a mi mamá de mi casa de madrugada para Tumaco, más que nada era cuando ella me regañaba o me pegaba por demostrarme en los mandados.

Ahora vivo en Tumaco. Empecé arrendando y después encontré una tierrita en el barrio Nuevo Milenio, pero me tocó salir de allá porque vivía al lado del mar y habían muchas balaceras del grupo ilegal. Ahora vivo en el barrio Primavera pagando arriendo, puesto que somos muy pobres y no tenemos cómo comprar una casita por ahora.

Cuando llegué aquí a Tumaco me gustaba trabajar en restaurantes como cocinera. Es una de las cosas que más me gusta, cocinar, la cual aprendí haciendo. Empecé a buscar trabajo como cocinera en un restaurante y empecé a cocinar y a experimentar y a hacer cosas nuevas, y la gente me decía que cocinaba muy rico. Una de las comidas que me gusta hacer es el tapado de pescado, eso se hace con el plátano recién hechizo, cebolla larga chiraran y chillangua, aceite al gusto y limón. Todos los elementos y el aliño se echan sobre el pescado con el plátano en una olla con agua a nivel y se para durante un tiempo determinado. Sé preparar muchos platos de comida tales como sudado de carne, pollo, encocado, cangrejo, jaiba, camarón, conejo. Me encanta hacer sancocho de bagre, y gracias a ese arte he podido sacar a mi familia adelante. Por eso lo hago con amor y disciplina.

Hija sufrida

Ruth María Borja

Desde muy pequeña mi madre no me dio amor; ese amor llamado amor de madre. Su anhelo siempre fue tener un hijo varón, pero corrió con la suerte que nací yo, una hija mujer. Fue tanta la decepción para mi madre que el primer año de vida decidió abandonarme en los brazos de mi abuela, consumiendo ese calor que tanto necesitaba y anhelaba como hija.

Por eso, a medida que fui creciendo y entendiendo las cosas, me puse una meta: que cuando tuviera mis hijos sería una buena madre para ellos, me convertiría en su madre y padre demostrándoles el amor, la confianza y el cariño verdadero, hacerles saber que los quiero y que cuentan conmigo como madre y amiga.

Paz en el territorio

María Presentación Estacio Alegría

La paz queremos Colombia
la pedimos con amor.
Todo lo estamos deseando
no importa la religión.

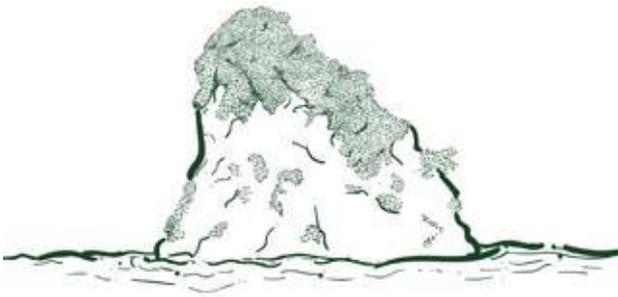
Mujeres todas queremos
que no nos maltraten más,
pero si no nos unimos
no lo vamos a lograr.

Los jóvenes de Colombia
son jóvenes inteligentes,
por eso queremos paz
en todos los continentes.

Libres queremos andar
en las calles por la vida,
y para poder cuidar
nuestras semillas queridas.

Las semillas que les hables
son nuestros hijos e hijas,
que por ellos damos
hasta nuestra propia vida.

Mira el cielo nunca el suelo
y no cuentes las caídas,
aunque tengas los problemas
nunca te sientas vencida.



Hoy estamos aquí, mañana no sabemos

Rosa Valencia

Todo empezó en Cali, la ciudad donde nací y me crié hasta la edad de los catorce años. Desde que tengo uso de razón yo viví con mi madre, mi abuela y mis dos hermanos. Mi madre se separó de mi papá estando yo muy pequeña, pero varios años después mi madre se volvió a enamorar y tuvo una cuarta hija.

Pero lo malo empezó una vez que mi abuela murió y madre se volvió a embarazar de mi padrastro. Mi padrastro se enamoró de otra mujer. No soy creyente de las brujerías, pero ahora que soy adulta puedo dar fe e las cosas tan extrañas que veíamos y que mi madre sentía. Tanto que mi madre no quería entrar a casa porque el cuerpo le picaba y le agarraba un desespero en la casa.

Económicamente las cosas estaban tan mal que no había ni para comer, mucho menos para los servicios; nos cortaron el agua y la luz. Al paso de los días mi madre dio a luz a mi quinta hermana, fue una alegría para la familia el nacimiento de ella. En casa las esperamos ansiosas, porque mi madre tenía mucha fe de que cuando saliera de la barriga las cosas cambiarían, porque ella sabía que ella podía trabajar nuevamente y salir de la crisis que estábamos viviendo. Pero no fue así, mi madre murió. Nunca regresó de la clínica, solo mi hermana regresó a casa. Sin saber, como al tiempo de morir mi madre encontramos enterrados en casa una muñeca con una cinta amarrada en la cintura.

Habíamos perdido a las dos personas que velaban por mis hermanos y por mí. Quedamos en manos de mi padrastro. Era una persona muy respetuosa y muy querida, quien a pesar de sus errores nos seguimos queriendo mucho. Debido a la muerte de mi madre, a mi padre –quien vivía en Tumaco y a quien conocí unos años antes cuando fue al entierro de mi abuela, antes no sabía nada de él–, mis tías le decían que nos llevará a Tumaco porque con él estaríamos mejor; mi hermana tenía dieciséis años y yo tenía catorce. Al terminar la última noche de mi mamá nos tocó dejar nuestra tierra. Era tan duro ver todo sin mi madre, mi hermano y mi padrastro –que era como un padre para mí–, sin mis amigos, era tan duro ver cómo nos despedíamos los amigos y vecinos de mi cuadra. Todo el viaje lloré junto a mis hermanos, tenía tantas cosas en mi cabeza. Pero qué sorpresa al llegar a Tumaco. Llegué a vivir al Bajito, fue un cambio tan brusco, una casa en donde vivía mi papá con mi madrastra, cuatro hijos de ella, los suegros, tres sobrinos y más los que llegarán del campo.

Yo con mis dos hermanas en una casa pequeña, pero eso no era lo más malo. Lo peor fue que mis dos hermanas empezaron a tenernos rabia porque mi madrastra era muy especial con nosotras y nos empezaron a hacer la vida imposible. Eran de lo más vulgar, la comida nos la tiraban como si fuéramos perros. Cualquier niño que se arrimaba a nosotras lo espantaban inventando cuentos. La falta de mi madre hacía que todas las noches –como de costumbre– nos saliéramos a la azotea a llorar mirando al mar. Nos sentíamos unos extraños en ese lugar.

Era tan terrible la convivencia que un día intentaron utilizar los golpes. Desde ese momento, con mis hermanos hablamos con mi padre para que nos llevara a vivir con una tía, pero él no quiso. Mi hermana entró a estudiar y se conoció con un joven llamado Luis y yo en una fiesta conocí a un muchacho. Se me declaró y fuimos novios. Y qué coincidencia, él era vecino de Luis, que estaba ayudando a mis hermanas. Trataron de meterse en la relación, pero no pudieron separarlos. El noviazgo duró un año, pero los problemas no terminaban con mis hermanastras, hasta

que otra vez aprovecharon que estaba en abrazada y le tiraron a mi hermana. Ya no aguantamos y mi hermana y yo tomamos la decisión de irnos de esa casa. El novio le ayudó, pero yo no me iba a quedar en ese lugar y nos fuimos.

A pesar de todo lo malo, mi madre no me ha abandonado, desde el cielo cuida nuestros pasos, y Dios me recompensó dándome dos hijas y un marido que a pesar de los buenos y malos momentos llevamos juntos veintitrés años, y ha puesto en mi camino personas maravillosas como la viejita que me enseñó el arte de tejer. Desde ese momento me ha servido como terapia de distracción y económicamente me ha ayudado mucho ser parte de este grupo de arenitas, como lo son mis amigas de tejido.

No puedo terminar mi relato sin agradecer a Uli que ha sido la persona que, y durante estos últimos años, nos ha acompañado y orientado en el proceso de los tejidos, generando espacio para mostrar y vender nuestro arte.

Somos mujeres guerreras y emprendedoras.

La razón de mi vida

Erika Rodríguez

Era una joven de veintidós años cuando salí embarazada. Aún no me sentía preparada para eso porque tenía otras cosas en mi cabeza, pero cuando pasó me sentí tan confundida con sentimientos encontrados, como entre felicidad y preocupación. Sabía que a partir de ese momento mi vida cambiaría para el resto de ella.

Durante los nueve meses de la gestación todo fue mágico, ya que aprendí a amarme más, pero sobre todo a ese ser que venía en camino. Desde ese momento que la tuve en mis brazos supe que daría todo por ese ser. Es tan pequeña que se convirtió en la protagonista de la historia que empezaba a escribir en mi vida. Tuve muchos miedos dándome cuenta de que ella me daría la fuerza suficiente para seguir. Ella se convirtió en la razón de mi vida, en el motor en todo, porque solo con ver esos ojos sé que tengo que seguir sin parar ni retroceder. Gracias a ella he realizado sueños que pensé no poder lograr.

Por eso, me levanto cada día para luchar, para trabajar, para dar lo mejor de mí, para que ella esté bien.

La gallina de los Huevos de Oro

Herlinda Castro

Yo nací en bocas de Kurai y me críe en Olivo Kurai. Tengo 61 años y hace veinte años, me vine a vivir a Tumaco. Tuve trece hijos de los cuales tengo nueve vivos.

Yo tuve unos suegros muy buenos que se preocupaban por mí, porque mi marido era un hombre mujeriego, mujeriego; tenía muchas mujeres e hijos por todos lados. Llegaba a la casa cada tres, cuatro días, nos dejaba cualquier cosita y se volvía a ir. Por eso mi suegro tenía una gallinita, llamó La Perdiz, y me la regaló para que con esa gallinita yo le diera de comer a mis hijos. “¡Hay, La Perdiz, mi gallinita de los huevos de oro!”. Era una gallina que yo quería mucho, pues La Perdiz era el sustento con el cual yo le brindaba la comida a mis hijos.

Les cuento que de esa gallinita comían todos mis hijos: unas veces les hacía sus huevos de las diferentes formas que se me ocurrían o vendíamos los pollitos que ponía, y con esa plata comprábamos la comida. Y otras veces la ropita pa’ mis muchachos; y así la pasábamos día a día.

En otras ocasiones, yo me iba al monte, cogía mi canasto, mi machete pa’ limpiar el monte y sembrar mis matas de popocho para mis hijos; y muchas veces al llegar a casa no habían comido nada. Entonces yo iba donde mi gallinita Perdiz y solucionaba la comida del día.

Después de muchos años La Perdiz ya estaba vieja, cansada y achacosa. Entonces la maté y nos hicimos un seco de gallina; y fue el fin de la gallinita de los huevos de oro.

Fue así, de esa forma, que crié a mis hijos. Y doy gracias a Dios y a mis suegros por haberme regalado a mi gallinita Perdiz.



La crisis

Anyi Paola Araujo

Hace aproximadamente unos diez años o más, yo era una niña de tan solo diez años de edad. Vivíamos con mi familia en una casa de madera a la orilla del río Chagüi. La situación era muy dura para nuestra familia, pero a pesar de todo eso siempre quise estudiar para sacar adelante a mis padres y a mis hermanos de esta complicada crisis económica que nos agobiaba. Pero nuestros padres no podían brindarnos educación ni una vida digna. Yo veía que era la última hija de la familia y mis hermanos no habían podido estudiar, entonces ¿cómo lo iba a lograr yo con esa condición económica que azotaba a la familia? Pero a pesar de eso nunca perdimos la fe en Dios, siempre estuvo ahí acompañando a nuestra familia porque mi mamá es una mujer muy cristiana que siempre nos lleva a la iglesia y nos inculca ese amor por Dios.

Logré estudiar hasta segundo de primaria y ha sido muy triste pues ya tenía trece años de edad. Después nos tuvimos que venir a Tumaco porque ya no podíamos seguir allá, porque a la pobreza se le sumó la ola de violencia por parte de los grupos armados que azotaban el pueblo.



RELATOS ORALES

(Transcritos)

Compilación
Taller a cargo de Sintia Angulo



LA PERLA

Poesía por Kc Shania Solís

Usted que vive en la perla,
lindo pueblo que destaco.
Pindo, Bajito y el Morro,
los tesoros de Tumaco.

En donde las olas bailan
al compás de la marea,
y los niños siempre juegan
en la playa con la arena.

La alegría siempre reina
en cada casa y hogar,
evitando que la violencia
no las quiera apagar.

No olvidemos recordar
aquellos tiempos de antaño,
donde mi hermoso Tumaco
era un vivero sano.

Así es Tumaco, La perla del Pacífico

Sandra Patricia Reinel Piedrahíta

Un título llamativo y bien colocado, ya que genera incógnita y expectativa sobre un territorio hermoso ubicado en el suroccidente colombiano, bañado por el majestuoso océano Pacífico, con playas tan hermosas como el Morro, el Bajito y Bocagrande, por nombrar solo las de la cabecera municipal, porque en las diferentes veredas podemos encontrar otras que no tendrían nada que envidiarle a las anteriormente mencionadas.

En Tumaco se puede disfrutar de una exquisita gastronomía típica de la región, preparada por nuestras cocineras tradicionales. Platos como el tapao, el ceviche de concha, camarones encocados, el pescado frito, los cangrejos encocados o el carapacho de jaiba, junto a bebidas típicas de la región como el viche o el arrechón hacen parte de ese legado. Además, la rica biodiversidad de flora y fauna, hace posible el avistamiento de ballenas y de aves. ¡Y qué decir de las plantas curativas y el cacao, catalogado entre los mejores del mundo! Todo esto hace de Tumaco un verdadero paraíso con sus noches de Bocagrande bajo la luna plateada, monumentos, hoteles, restaurantes. Y no podemos dejar de hablar del puente del Morro, que no solo sirve de paso para conectar dos islas. También es un lugar donde propios y visitantes realizan actividades de pesca o simplemente lo utilizan como un espacio para ir a distraerse de la rutina del día tras día.

¿Y si hablamos de su gente? El tumaqueño es amable, extrovertido y, sobre todo, talentoso. De esta hermosa tierra no solo han salido excelentes deportistas reconocidos a nivel mundial, también culturalmente llevamos en la sangre las tradiciones ancestrales: músicas de marimba y cantos tradicionales del Pacífico sur, la décima cimarrona y bailes típicos de la región, que se completan con los modernos bailes urbanos que practican las nuevas generaciones.

En definitiva, en Tumaco hay tres tesoros por descubrir: cultura, gastronomía y biodiversidad. Por todo esto y más, ¡es un maravilloso territorio para disfrutar y soñar!

El poeta muere y vive

Poesía por Ingrid Zubany Ortiz Yépez

Después de una fría noche,
el poeta, sin esperanza en su alma, abrió su ventana
y alzó su mirada al cielo,
sonrió con esa misma alma rota.

Vio que un hermoso paisaje aparecía después de la tormenta,
las nubes se acomodaron de tal manera
que se observaba el azul del cielo.

Las aves acompañaban el crepúsculo con su vuelo y la luna,
la luna se ocultaba poco a poco que parecía que no quería
despedirse,
y el poeta comprendió que aún estaba vivo.

Pacífico, tierra de marimba

Décima cimarrona por Ingrid Zubany Ortiz Yépez

Pacífico, tierra de marimba
que a tus playas engalana,
música, danza sin igual
y la poesía en la mañana.

Tu música es cual viajera,
que recorre todo el mundo
con melodías tan perfectas,
que te sientes inspirado.
Y siendo lo más sagrado
lo que mi abuelo contaba,
era ver cómo se gozaba
al son de cununo y el guasa.
En la noche más hermosa,
Pacífico, tierra de marimba.

Son poetas memorables
los que resaltan la belleza
de tus playas y mujeres,
que conservan la grandeza
de una lucha con gran firmeza
por la herencia africana;
como huella en la arena
se une el arte y la cultura,
expresando la dulzura
que a tus playas te engalana.

Al ritmo del cununo
se expresa lo ancestral.
Por su esfuerzo y labor
resalto a la mujer y al pescador.
Rodeado de un inmenso mar,
a la voz de carnaval
comienza el festival,
donde se siente y se goza
como la acción más deleitosa
música, danza sin igual.

Hermosa perla del mar
de exquisitez inigualable,
tu gente es cual luchadora,
carismática y amable.
Se logra lo inmemorable
cuando el cununo suena,
ver como bailan en la arena
las bailadoras con gran sabor.
Y es el ritmo del tambor
que a tus playas engalana.

Renacer

Poesía por Yolima Palacios, “La poetisa del Pacífico”

Me tocó, como el ave fénix, renacer entre las cenizas y pedirle al gato prestada sus siete vidas.

Ya les cuento por qué, para que lo asimile usted.

Que a varios seres humanos todo se nos voltea al revé, soy tumaqueña sencilla de

sandalia y nada más,

pero aunque usted no lo crea poeta de admirar.

Pero lo más triste

amigos, fue lo que me pasó cumpliendo mis trece años mi madre se me murió, a los veintitrés cumplido madre.

También se muere.

Y yo le decía a mi Dios esto por qué me sucede.

Al pasar ya varios años cuando empecé a

superar, ya tenía mi familia

y la violencia entró a mi hogar, de cinco hijos

queridos ya he perdido

las tres desplazadas de

mi hogar, yo me encontraba con Dios

y con varios ángeles

que mi Dios me había enviado para mitigar un poco, todo lo que había pasado estas palabras.

Son palabras de esta poeta que sin conocer
Cali la invitaron a esta
fiesta, estaba en esta
ciudad para ella muy
inmensa y no sabe cómo
hacer para no perder e en ella, y le tocó superar a
fuerzas estas tristezas
porque todavía le quedan
a ella sus dos hijos y
todos los días le dicen:
Madre te necesito.
Lo que sí tengo
bien claro,
que Dios es de buen proceder
y por eso Él me dijo:
Hoy te toca RENACER.

Mi inspiración

Poesía por Karen Castillo

Thais Nayara es una niña
muy bonita y especial,
tan solo ver su mirada
y esa risa esencial.

Quién podría pensar
que solo yo podía tener
una niña pequeñita
con tanto amor y placer.

Thais Nayara es su nombre,
Preciado Ortiz su apellido,
hija que me dio la vida
por cosas del destino.

Un 31 de diciembre
es la fecha inolvidable,
me nació mi princesita
yo estaba junto a mis padres.

Negro es mi color

Por Nurys Angulo, conocida como “La negra ardiente”

Recordando mi origen,
y toda la raza humana
Recordando mi origen,
y toda la raza humana.

Coro

Negro, negro es mi color,
de descendencia africana.
Negro, negro es mi color,
de descendencia africana.

Cuando llegamos a Colombia
nos trajeron amarrados,
gracias a nuestro Señor
hoy estamos liberados.

Cuando íbamos a nacer,
ni médicos ni enfermeras.
Siempre teníamos en casa
a una buena partera.

Negro, negro es mi color,
de descendencia africana. (Bis)

Cuando caímos enfermos
no íbamos a hospital,
siempre teníamos en cuenta
las plantas medicinal.

Negro, negro es mi color,
De descendencia africana. (Bis)

Se acabó la cuarentena

Décima cimarrona por Marycelys Castillo Castro

Este 31 de agosto
se acabó la cuarentena.
Amigo, ponga cuidao
no se acabó la pandemia.

Ahora depende de usted,
de su modo y su conciencia.
Hay que aprenderá vivir
y actuar con inteligencia.
Vivamos en advertencia
con la bioseguridad.
No dejarse tapaboca,
así te salga el costoso
y empecemos nuestra vida
el 31 de agosto.

Es el covid-19
una enfermedad sin cura,
por favor no nos confiemos
hasta que no hallen vacuna.
Sigamos la recomendación
que nos dieron los expertos,
maneja la distancia
aunque a muchos desespera,
hay que andar con más cuidado
se acabó la cuarentena.

No olviden desinfectar
pasamanos y ventanas,
y dar más ventilación
y más limpieza a tu casa,
hay que lavarse las manos
con harta agua y jabón.

Fumigar con buen alcohol
las fundas de tu mercao
cuando salgas a la calle.
Amigo ponga cuidao,
los abrazos y los besos
que se queden pa' después.

Muchos dicen que este mundo
ahora está al revé.
Actuamos con mucha fe
pidámosle a Jesucristo,
nuestro Padre celestial
que nos dé la resistencia
porque, aunque muchos no crean
no se acabó la pandemia.

Imperfectos es que somos

Poesía por María José Villarreal Palacios

La discriminación aquí,
esto no debe existir.
Si las diferencias son
parte de nuestra raíz.
Existimos en el mundo
narigones también ñatos,
blancos, negros, también zambos y mulatos.
El indigente en el mundo,
el huérfano y el anciano,
son también nuestros parientes,
ellos también son humanos.
Si que somos diferentes,
amigos miren sus manos,
si sus dedos son iguales,
yo no le estrecho las manos.
Cuando Dios creó a mundo,
no pensó en la perfección,
se enfocó en los corazones
y en dar mensajes de amor.
Si miran un indigente,
amigos tiendan la mano,
a través de estos harapos,
amigos está tu hermano.
Ni siquiera sabemos
de qué raíces vendrá,
y resulta amigo mío,

muy cercano nada más.
Cuando lo hemos escupido,
ultrajado y algo más,
resulta amigos míos
que era primo de su mamá.
Yo sé por qué se los digo,
eso ya ha pasado aquí,
y eso queda muy adentro,
no nos deja ser feliz.
Le pasó a un amigo mío,
que se las daba de jay,
maltrató a un indigente
y era hermano de la mamá.
Disque era hermano de padre,
y él no lo conocía,
por eso, amigos míos,
debemos cambiar en la vida.
Qué se acabe amigos míos,
esa ignorancia algún día
porque tenemos un cargo,
pertenecemos a otra vida.
Qué se acabe amigos míos,
esto se los digo yo.
Seamos como seamos,
hermanos nos dejó Dios.
¡Majo Villarreal Presente!

Si Dios no mete su mano

Décima cimarrona por Nimia Castillo

Si Dios no mete su mano
el mundo se va acabá,
esta guerra que ha traído
una grave enfermedad.

Coronavirus es su nombre
covid-19 es.

Se formó en una pandemia,
puso al gobierno a correr.
Se desarrolló en la China,
haciendo grandes estragos.

Azotó a los mexicanos,
en España destrozó,
lloran más los italianos,
si Dios no mete su mano.

A Chile se les metió.
a Brasil también llegó,
por Venezuela pasó,
y en el Perú asentó.
Al Ecuador lo arropó,
con semejante tristeza.
Solo mi Dios como alteza
es que nos puede salvar,
oremos bien de rodilla
que el mundo se va acabá.

El más sentir que me da
que se nos vino a Colombia.
Dándole gracias a Dios,
tenemos buen gobernante,
Iván Duque de garante.
Él usó su inteligencia,
cerrando calles y fronteras.
Le dijo a su pueblo unido,
diciendo quédense en casa.
Esta guerra que ha traído
corrió los departamentos,
hasta que llegó a Nariño,

A Tumaco demoró
porque estábamos advertido,
nuestra alcaldesa nos dijo:
Por Dios esto no es un juego,
diciendo quédense en casa.
Escuchemos en hermandad,
guardemos la cuarentena,
de esta grave enfermedad.

Somos Pacífico

*Poesía por Lina María Montaña Cuero – Backsen,
La de acero*

Haciendo escuchar a los sordos, y haciendo ver a los ciegos,
más que geografía, hay mama mía, no va a escampa' el aguacero,
esto es melao' sazonao', pa' que te quedes perplejo,
nosotros tenemos poderes, y esos poderes nos vienen del cielo.

Seguimos de pie y en la lucha, ¡no sabes cuánto nos costó!,
coge atarraya y chinchorro, hablamos golpeao' siente la presión,
usamos el afro y las trenzas, son costumbres no apariencias,
nosotros en siglo XXI trazando caminos de supervivencia.

Escuchas música de negros, que sigue siendo negocio de blancos,
somos Pacífico, de Buenaventura hasta el Charco,
sudor, lágrimas y sangre derramada iou,
somos resilientes con flow caliente y derretimos' hasta el sol.

Mi música de infantería

Poesía por Kc Shania Solis

Mi música de infantería,
no es la que escuchan allá.
Mi música de infantería,
es la de mi litoral.

En donde se acompaña
de bombo, cununo y guasa.
Y melodías de marimba,
pa' canciones entonar.

Cantémonos un bambuco,
una juga o un patacore
para que en Tumaco
prendan la fiesta como es.

Eso no quiere decir
que yo me esté olvidando,
de los bailes tradicionales
especiales de Tumaco.

Realidad de lo vivido

Relato por Yeiseth Cabezas Castillo

Bienvenidos a mi mundo. No solo me siento en un espacio diferente, sino que también hablo de un modo distinto. No soy la que era, el virus nos cambió la vida de un momento a otro. Hoy, nos dice que se nutre de las interacciones entre humanos, la naturaleza, el planeta entero y el universo.

Es increíble ver cómo nosotros vivimos dándole la espalda a la realidad, frente a un problema global que atribuye de forma personal. Cada ser humano es autónomo de su propia vida y es responsable de respetarla y amarla.

Frente a esta epidemia observo que muchos habitantes están tomando las cosas a juego y no son capaces de hacer caso para cuidarse. La Policía tiene que estar haciendo especie de comparando o multas para que las personas cumplan las reglas. Considero que cada ser humano debe de analizar sus actos y son los encargados de proteger su propia vida.

Veo que tienen la certeza de que somos fuertes, pero estamos débiles. Imaginamos que sabemos más de lo normal, y la verdad tenemos mucho que aprender. Algunos creen que son dueños de todo y en realidad no son dueños ni del aire que respiramos. Todo lo mencionado anteriormente es por la situación del mundo donde nos encontramos hoy. Creíamos que todo iba a la perfección y que teníamos planes para superar cualquier obstáculo frente a la economía, creyendo que el dinero es la solución a todos los problemas. Pero con los resultados de hoy en día, la

vida nos trae momentos inolvidables, una crisis económica y un virus que afecta a toda la sociedad, donde se dan nuevas experiencias, donde no se mira estratos ni razas. Pienso que es una etapa para reconstruirnos y saber en dónde estamos fallando.

Puedo decir que la crisis es una oportunidad para cambiar de dirección y generar esperanzas de transformación. No sé si yo sola me hago esta pregunta o el resto del mundo también, ¿será que todo volverá a hacer como antes?

Esta cuarentena me ha puesto a pensar que no son los ricos los que generan ingresos, entendí que los trabajadores mueven la economía y generan riqueza a sus dueños. Ahora sí considero que debemos entender a quién debemos cuidar. El ser humano dice que hay que trabajar para mantener a la familia o tengo que ir a laborar para que el jefe no me corra, pero sin duda alguna tenemos que cuidarnos. Sin salud no hay nada, si no nos cuidamos no progresamos, porque nadie contratará a alguien que no esté apto para subsistir las necesidades de una empresa. Las personas últimamente trabajan en exceso para conseguir el consumo diario de sus gastos, pero en realidad no le dedicamos ni un momento a una valoración interna, a menos de que se sientan enfermos. Ahora, por la crisis existencial se preocupan por buscar el alimento, pero muchos salen y no utilizan las protecciones necesarias para cuidarse, sencillamente porque mientras los muertos no sean sus muertos, nunca entenderán la gravedad de lo que estamos viviendo.

Analicemos, debemos cuidarnos, somos de carne y hueso, pero a pesar de serlo somos superresistentes. Primero, cuántos días de confinamiento llevamos a pesar de ser personas sociables, ¿quién se imaginó que nos tocaría esperar un horario asignado para salir, cuando anteriormente salíamos cuando queríamos? Estamos resistiendo esto y en tiempos pasados nuestros padres soportaron cosas similares como la gripa H1N1, y ahora se puede decir que resisten una más.

Cómo es posible que a raíz de todo lo que le ha pasado a cada persona con sus experiencias de vida, ya sea laboral, personal

o global, seguimos vivos. Esta es la prueba de que somos resistentes. Pero la vida es el resultado de nuestras acciones, no de nuestras intenciones, como pasó con la creación del coronavirus.

Ahora, imaginemos, si están haciendo el intento de buscar la cura o la solución al covid-19 quién quita que el resultado no sea la intención que se quiere lograr. Si el experimento es fallido se puede crear una enfermedad más fuerte. ¿Será que podemos decir que fue con intención lo sucedido? ¿Fueron nuestras acciones las que ocasionaron estas alteraciones? Considero que por no proceder con cautela o no pensar un poco más antes de actuar, cometemos errores que no podemos revocar. Hay cosas que vale la pena saber, y otras que son más conveniente ignorar, porque no las podemos cambiar. Triste realidad que nos toca enfrentar.

Mujer que inspira

Poesía por Rosa María Castro

Eres una mujer tan fuerte, tan dulce y tan bella,
que solo mirarte que alumbras como estrella.
Digo en mis entrañas, me gustaría ser como ella.

No por su belleza, sino por lo mucho que sueña.
No por su cuerpo y su caminar,
no por decir que es bella la quiero elogiar.

Me gustaría ser como ella por su forma de ver la vida.
Me gustaría ser como ella porque cuando habla inspira.
Me gustaría ser como ella porque en su cabello lleva historia.
Me gustaría ser como ella porque sin importarle lo que diga el mundo sigue siendo ella.

Estereotipos

Cuando la mujer entienda que su bella es más que cuerpo.

Cuando la mujer entienda que se debe complacer a sí misma.

Cuando la mujer entienda que su amor propio es más importante.

Cuando la mujer entienda que es más hermosa que el mismo aire,

entenderá que ser mujer es renacer.

Enfrentar la vida como si fuera cristal,

pero no como el cristal delicado

sino el cristal fino y grueso.

Mujer, naciste para ser libre,

para ser bella,

para ser tú.

Las gracias Señor

Poesía por Sirley Castillo

Al Ministerio de Cultura
y el volar de una mujer,
le damos gracias a Dios,
que nos dan a conocer.

Demostrando su saber
y un valor merecido,
hoy se miran las mujeres,
escribiendo sus motivos.
Este mandato es de amigos,
no importa raza ni color,
para el talento es mejor
reconocer la escritura.
Damos gracias al presidente
y al Ministerio de Cultura.

Estaba la cosa dura
pa' la mujer colombiana,
nadie nos tenía en cuenta
para un futuro mañana.
Hoy escribimos con ganas
y buena capacidad.

Y para que el mundo sepa,
nos daremos a conocer.
En la vida es importante
el valor a la mujer.

Los regalos de Dios

Poesía por Lucero Castillo

En las mañanas al despertá
y oír al gallo cantá,
y los niños jugá,
y mi madre orar,
pienso que un nuevo día
acabó de llegá.
Empiezan los olores
de los fogones.
Los tapados de pescados,
que bienvenidos son.
Don Pedro con los cangrejos
a mi puerta tocó,
diciendo “Vecina
aú tiene para el repelló,
acompañe usted con coco raspao
y de jugo un borrojó bien licuao”.
Le agradezco a Dios
por las mañanas,
las tardes y también
las veladas.
Comiendo desde el fogón
cangrejo hasta bulgao,
y por ahí de pasadita
un tremendo pegao.
Me gusta el chontaduro,
el borrojó y también el maduro.

Un poco de chica,
Ah y pa' costarme,
que no me falte
la gracia del que está arriba.
Ese es Tumaco,
sabores, olores y colores,
para que quede acostumbrada
como los dulces de cocada.



Los mariscos de Tumaco

Poesía por María del Carmen Castillo

En el mar se encuentran peces
con la variedad de color,
y si usted los va probar,
todos son de igual sabor.

Calamar, camarón,
langosta, jaiba y demás,
productos de nuestros mares,
delicias del paladar.

Los cangrejos, los moluscos
se los voy a numerar:
pateburro, cholga, almejas,
piangua y churros del manglar.

Un tapado de pescado,
un arroz de camarón,
un buen ceviche de piangua,
comida de tradición.

Preparados al fogón,
con achote y ají dulce,
las comidas de Tumaco
a todo mundo seducen.

El coco no ah de faltar
para su preparación,
con chillangua, ajo y limón,
lo digo con estribillo,
les habla con propiedad.

Agradecimientos

Esta publicación es el resultado del proceso de formación realizado en Tumaco, durante los meses de agosto, septiembre y octubre del año 2020, al que aportaron diversas entidades, docentes e instituciones aliadas.

Talleristas

Diana Quiñones, Jefferson Sánchez, José Carabalí y Sintia Angulo.

Apoyo logístico y de producción

Fundación Tejido Social, Diana Cortés Cuero, Francisco Tenorio, Harold Tenorio y Uliker Purrer.

Instituciones

Fundación Tumac, la Escuela de Música y el Centro Afro Juvenil de Tumaco.

Ministerio de Cultura

Grupo de Literatura de la Dirección de Artes.

A todos ellos agradecemos el esfuerzo y disposición pues fue fundamental en este proceso.

Impulsar la creación de contenidos locales que conecten las comunidades con su derecho a la cultura, promover el cierre de brechas sociales, la igualdad de género, el desarrollo de emprendimientos culturales, la recuperación del tejido social y comunitario, y salvaguardar el patrimonio cultural a través del empoderamiento femenino en los territorios, son los pilares del proyecto “Mujeres narran su territorio”.

Aunque la labor técnica de este programa se realiza desde la Dirección de Poblaciones, siempre ha sido muy importante generar vínculos interdisciplinarios entre las direcciones del Ministerio de Cultura. En tal sentido, desde el 2019, el Grupo de Literatura de la Dirección de Artes se involucró de manera activa en el proceso de *Formación en narrativas afrocomunitarias* desarrollado en Buenaventura y que tuvo como memoria una antología titulada *Cuaderno de ejercicios: mujeres de Buenaventura narran su territorio*, publicación que recogió las historias de treinta y cinco mujeres.

Reconocer la heterogeneidad narrativa de las mujeres del país es fundamental para construir vínculos humanos desde los relatos que, aunque personales, resultan ser universales. Por eso, este año, resultó primordial continuar con esta labor en nuevos territorios para escuchar la voz de las creadoras, gestoras, promotoras, líderes culturales y comunitarias de Tumaco, con el fin de conocer sus historias desde la escritura creativa y la oralidad. Como resultado les presentamos este *Cuaderno de ejercicios: mujeres de Tumaco narran su territorio*, textos creados en los talleres de cuento, crónica y poesía, en medio de la pandemia, como símbolo de la resiliencia de la mujer colombiana.

Grupo de Literatura

Dirección de Artes

Ministerio de Cultura

